El Tesorero del Rey

Garcia Gutierrez

9

EL TESORERO DEL REY.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,

Y

DON EDUARDO ASQUERINO.

Representado en el Teatro Español el 27 de setiembre de 1850.

N.° 111.

MADRID, 1850. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de la Redondilla núm. 2.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/eltesorerodelrey00garc

720405

PERSONAJES.	ACTORES.
MAESE PABLO DE PEROSA, *físico y contador mayor del rey don Pedro*.	DON JOSÉ VALERO.
SAMUEL LEVI, *Tesorero del mismo*.	DON JOSÉ CALVO.
ALFONSO, *hijo de Perosa*. . .	DON MANUEL OSORIO.
JUAN DIENTE, *ballestero*. . .	DON ANTONIO PIZARROSO.
LIA, *hija de Samuel*.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
REBECA, *criada*.	DOÑA FRANCISCA TUTOR.
GARCIA, *practicante de medicina con Perosa*.	DOÑA MARGARITA MONTERO.
FORTUN.	DON PEDRO MAFFEI.
UN CRIADO DEL REY.	
EL REY DON PEDRO.	
BALLESTEROS.	

La accion pasa en Sevilla, año 1360.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente adornado á la oriental. Puerta en el fondo y dos laterales. Al levantarse el telon, Samuel estará sentado en un sillon, leyendo en una Biblia, y Lia á sus pies en un cogin. Delante de Samuel una gran mesa donde hay libros, escribanía, etc.

SAMUEL. (*Leyendo.*) Ay de tí, delincuente
ciudad, llena de estrago y de mentira!
Que con ímpetu ardiente
caerá sobre tu frente
la justicia de Dios, brotando en ira!
Ay Nínive! que luego
el eco sonará del rudo azote
sin piedad á tu ruego,

y el carro oirás de fuego,
y del fiero corcel relincho y trote!
Y espada reluciente,
y lanza te herirá, de viva lumbre,
y con sangre caliente
salpicará tu frente
de tus muertos la inmensa muchedumbre.
(*Samuel se enjuga las lágrimas.*)

LIA. Llorais?

SAMUEL. Hija, cómo no?
El triste cautivo llora
la memoria seductora
de la patria que perdió;
y llorar nos está bien
propios y agenos pecados,
á nosotros, desterrados,
de Nínive y de Salem.
Que de tanto frenesí,
Dios, con razon ofendido,
á su pueblo ha maldecido
diciendo: « Héme contra tí!
No te puedes comparar,
desdichada tribu impía,
con la hermosa Alejandría
señora del ancho mar,
y sin embargo gimió
presa de enemiga saña,
cautiva en region estraña
donde sus culpas lloró. »

LIA. Y pensais que no han bastado
tantos amargos dolores
de nuestros ciegos mayores
á redimir el pecado?
Será que nuestra nacion
postrada y envilecida,
arrastre siempre esta vida
de miseria y de abyeccion?

SAMUEL. Siempre no! ni tal olvido
es posible en el Señor,
que fuera estraño rigor
contra su pueblo escogido.
Dia vendrá, y la malicia
que hoy alza su frente al cielo,
abatirá el torpe vuelo
herida por la justicia.

Y los malos temblarán
del que castiga y perdona,
y su celeste corona
los justos recibiran.
Deja que luzcan asi
nuestras llagas ulceradas,
por los malos desgarradas
con estraño frenesí:
déjalos que en su delirio
con incansable rigor
insulten nuestro dolor,
doblando nuestro martirio;
que iremos sin inquietud
al Señor de lo creado,
con el cuerpo macerado;
pero entera la virtud.

LIA. (Ay! si de mí sospechara!...)
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

SAMUEL. Mísero aquel que en la vida
breve, de su fé se olvida,
y de su Dios se separa.

LIA. Padre!

SAMUEL. Qué tienes?

LIA. Me aterra
esa idea.

SAMUEL. A tí, por qué?
No te asegura tu fé?
no es verdad que en tí se encierra
cuanta virtud, cuanto amor
te dió precioso tesoro
aquella infeliz que lloro
siempre con nuevo dolor?
No es cierto que de tu grey
noble y poderoso ejemplo,
como en las tablas del templo
guardas sin mancha tu ley?

LIA. Basta!

SAMUEL. Señor, ¡cuán dichoso
me haceis! al fin apiadado
al padre habeis compensado
las desdichas del esposo.
Amparo de mi vejez!

LIA. (Qué tormento!)

SAMUEL. Qué sería
sin tu amor, pobre hija mia,

de mi existencia?

LIA. (Tal vez!)

SAMUEL. Cuál no fuera mi afliccion,
si en estas horas serenas
no endulzaras tú las penas,
que abaten mi corazon!

LIA. Penas! dejad que me asombre.

SAMUEL. ¡Inocente! tú no sabes,
cuántos pensamientos graves
llenan la vida del hombre.
Tú no puedes comprender
ese mágico incentivo,
abrasador, atractivo,
de la gloria y del poder;
ni ese afan con que procura
subir la ambicion ardiente,
por la escarpada pendiente
que nos conduce á su altura.

LIA. Y esa deleznable palma,
vale, para tanto empeño,
la paz, que perdeis, del sueño,
la tranquilidad del alma?
Qué no habeis sacrificado
á esa pasion?

SAMUEL. Es verdad.

LIA. Y yo en tanto en mi horfandad,
sola, sin otro cuidado,
las horas amargas cuento
de tristes noches oscuras,
y lloro mis desventuras
y mi abandono lamento.
Y por qué, decid? qué cosa
vuestra ambicion ya desea,
que aunque os halague, no sea
ó frívola ó peligrosa?
No encierran ya vuestras arcas
mas joyas, y plata y oro
que cuanto guarda el tesoro
de muchos grandes monarcas?
En vuestra familia, rey,
no os acatan reverentes
cien esclavos obedientes
á vuestro capricho y ley?
Qué os falta, en fin, para ser
feliz?

SAMUEL. Sí, bien dices, nada;
pero mi suerte está echada:
no puedo retroceder.
El mundo tiene sus leyes,
y el que una vez, como yo,
su existencia consagró
al servicio de sus reyes. .
LIA. Del rey don Pedro!
SAMUEL. Su mano
pródiga siempre conmigo...
LIA. (*Con amargura.*)
Es cierto!
SAMUEL. Tú eres testigo
de cuanto en su afecto gano.
LIA. De ahí nace mi pesadumbre.
SAMUEL. Pues temes que en él peligre...
LIA. Es la indolencia del tigre,
y la juzgais mansedumbre.
SAMUEL. No es él, hija mia, no!
el vulgo que le proclama
cruel, y su renombre infama,
no le juzga como yo.
De consejeros sin ley,
la adulacion peligrosa
le cerca, y ese Perosa
tiene fascinado al Rey.
LIA. Quién! Perosa?...
SAMUEL. Ese romano,
á cuya fortuna ó ciencia
debió una vez la existencia
nuestro augusto soberano.
Médico, envenenador,
es temible cuanto es fuerte,
y hay quien dice, que su muerte
le debe doña Leonor.
LIA. La de Guzman?
SAMUEL. Sí, hija mia!
y acaso para ese oficio
le colocó en su servicio
la reina doña María.
Y es tan temible rival,
que del Rey en la privanza
ya ha inclinado la balanza
en su favor y en mi mal.
Don Pedro le muestra agrado,

premia la astucia y el dolo,
y á mí, ¿qué me deja? solo
de su tesoro el cuidado.
Y porque mas sacrifique
mi reposo, hoy me mandó
las joyas que allá perdió
en Nágera, don Enrique.
Y es hora ya. ...
(*Se levanta y recoge algunas llaves que estan sobre la mesa.*)

LIA. Qué afanosa
vida!

SAMUEL. De mí no soy dueño.
Dos cosas turban mi sueño:
ese tesoro... y Perosa.
Y ya no debe tardar.

LIA. Sospechando de esa suerte,
no temeis...

SAMUEL. No: de mi muerte,
que es lo que puede esperar?
Y aunque yo abrigue en mi pecho
tal temor, y justo sea,
no quiero que de mí crea
que de su lealtad sospecho.
Algun dia podrá ser
que ese inesplicable encanto
se desvanezca: entretanto...
cumplamos nuestro deber.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA II.

LIA. *Despues* REBECA.

LIA. Siempre receloso, y siempre
abismado en esa vana
quimera, que hasta al amor
de los suyos le arrebata.
Rebeca?

REB. (*Sale por el fondo.*) Señora?

LIA. Vino
García?

REB. Aun no.
LIA. Cuánto tarda!
REB. Habeis ya escrito?
LIA. No todo
lo que el corazon me manda;
pero él me comprenderá.
REB. Mas bajo.
LIA. No temas nada.
Está adentro, y del tesoro
le ocupa la vigilancia.
REB. No hay miedo entonces, que escuche.
LIA. Pregunto á Alfonso la causa
de su silencio.
REB. En efecto:
esa conducta es ya estraña.
LIA. La guerra cesó: vencido
el conde en esa jornada,
ha buscado con los suyos
refugio en tierra de Francia.
Pero él, oscuro soldado,
por qué no vuelve á su patria
donde esperándole quedan
obligaciones mas santas?
O al menos, por qué no da
algun consuelo á mis ansias?...
REB. Tal vez no pueda...
LIA. (*Sobresaltada.*) Qué dices?
no me queda ya esperanza?...
REB. Yo nada sé.
LIA. (*Con abatimiento.*) Ya dos años
van, y en ausencia tan larga,
cuántas desventuras pueden
caber, y cuántas mudanzas!
REB. Eso no! dudar de Alfonso
no podeis, sin que de ingrata
os acusen tantas pruebas
de cariñosa constancia.
No arrostra por vos la cólera
de su padre? y en el ara
no os consagró su ternura?...
LIA. Es verdad!... mucho me amaba.
REB. Y os ama aun.
LIA. Es posible.
Mas no merezco... dí, habla,
no merezco ese cariño,

yo, por él sacrificada? (*Exaltándose.*)
Por él no engaño la fé
de un padre que me idolatra,
y en fin, por amarle tanto,
quieres mas! no soy cristiana?

REB. Qué! estareis arrepentida...

LIA. Arrepentida! insensata!
el Dios de Alfonso es el mio!
mi amor me pierde... ó me salva.

REB. Aguardad: alguien se acerca.

LIA. Quién es?

ESCENA III.

Dichas y GARCIA. *Sale por el fondo.*

GAR. Quien licencia aguarda
para ver el sol que adora.

LIA. Ya ha tiempo que te esperaba.

GAR. Lo comprendo; pero vos
disculpareis mi tardanza,
y cuando sepais...

LIA. No ha escrito
Alfonso? no sabes nada?...

GAR. Dejadme que tome aliento.

LIA. Sí; bien... pero una palabra.

GAR. No puedo hablar! siento un nudo (*A Lia.*)
que me oprime la garganta,
y es el gozo!

LIA. Pues!

GAR. Silencio,
no haya moros en campaña.

LIA. Nadie nos oye, García!
qué sabes de Alfonso? acaba!
Está vivo?

GAR. Quién se atreve
á dudarlo?

LIA. Mi desgracia.

GAR. Pues bien, dadme albricias!

LIA. Yo!
albricias! te diera el alma.

GAR. Alfonso viene...

LIA. Ay! qué dices?

esa nueva...

GAR. No es exacta:
ha venido.

LIA. (*Con voz desfallecida.*)
Al fin, Dios mio,
benigno, de mi te apiadas!

REB. Valor, señora! (*Sosteniéndola.*)

LIA. Rebeca!
mira, las fuerzas me faltan,
y tiemblo toda.

GAR. Ahí está.
(*Señalando á Alfonso que aparece á la puerta del fondo.*)

LIA. Mentira! el placer no mata!
(*Viendo á Alfonso, y dejándose caer en un sillon.*)

ESCENA IV.

Dichos y ALFONSO. REBECA *se coloca á la puerta de la izquierda mirando adentro.* GARCIA *se va por la del fondo, en ademan de observar.*

ALF. Esposa mia!

LIA. Es verdad,
Alfonso, es verdad? te veo!

ALF. Sí, yo soy.
(*A sus pies y cogiéndola las manos.*)

LIA. Dios de bondad!
no es ilusion del deseo
tan grande felicidad!
Alfonso! Alfonso!

ALF. Maria!
cómo tu rosto embellece
la espresion de esa alegría!
Venturoso el que merece
tal dicha como esta mia.

LIA. Cuánto has tardado!

ALF. No fué
mi culpa.

LIA. Creerte quiero!

ALF. Antes verte imaginé;
pero en Nájera quedé

mal herido y prisionero.

LIA. Qué dices?

ALF. Abandonado
á mi dolor y á mi suerte,
ausente y enamorado,
por tí sintió mi cuidado
terrores que da la muerte.
No sé qué mano piadosa
cerró mi profunda herida,
ni cual otra, rigorosa,
una cárcel tenebrosa
dió por sepulcro á mi vida.
Horas de amargura llenas
por mi corazon pasaron:
mas, dolidos de mis penas
los cielos, al fin limaron
el hierro de mis cadenas.

LIA. Oh! mil veces sea bendita
su piedad siempre infinita!
ella que anudó estos lazos,
ay! nunca ya mas permita
que te arranquen de mis brazos.

ALF. Nunca mas!

LIA. (*Con alegría.*) Sí? me lo ofreces?

ALF. Ya es razon: pero...

LIA. Qué, di?
responde. Por qué enmudeces?

ALF. Me quieres como otras veces?

LIA. Oh! tú no dudas de mi. (*Lia le mira sorprendida: luego le responde risueña y satisfecha.*)

ALF. Y si mi pasion avara,
un sacrificio sublime
de tu afecto reclamara..

LIA. Pide cuanto quieras: dime...

ALF. En lo que ofreces, repara.

LIA. Alfonso! desde aquel dia
en que sentí la violencia
de este amor, que es mi alegria,
tu religion es la mia;
tu cariño es mi existencia.
Sometida á tu mandato,
ley que reverencio fiel,
por gusto y deber le acato.
No te halle mi amor, ingrato,
y buscar pueba en él.

Y la que así te obedece,
qué cosa habrá que rehuya
cuando su vida te ofrece?
Mi sangre, te pertenece:
mi voluntad, toda es tuya.

ALF. Pues bien, María: ya es hora
de que este afecto profundo
con que mi pecho te adora,
todo el amor que atesora
revele orgulloso al mundo.

LIA. Qué me pides!

ALF. La ventura,
la vida, sí; no te asombres:
si ya Dios desde su altura
consagró nuestra ternura...

LIA. La condenarán los hombres!

ALF. Pues?

LIA. No alcanzas la razon!
porque, dí, no ha rebosado
de este ardiente corazon,
el fuego de la pasion,
tanto tiempo aprisionado?
Será tal vez que tu esposa
de ese nombre no codicia
la consagracion gloriosa,
para afrontar valerosa
los tiros de la malicia?

ALF. Entiendo, siempre eso mismo!

LIA. Sí: ya que llegado habemos
á la orilla de este abismo,
cedamos por egoismo,
si por deber no lo hacemos.

ESCENA V.

Dichos y GARCIA, *que viene por la puerta del fondo, apresurado.*

GAR. (*A Alfonso.*) Señor! vuestro padre!

LIA. Qué!
tan pronto...

GAR. (*Acercándose al fondo y volviendo.*)
Ya la escalera

sube.

ALF. Cuándo te veré?

LIA. Pronto.

ALF. Sí.

LIA. Te avisaré. (*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ALF. Que á tal ocasion viniera?

ESCENA VI.

ALFONSO. GARCIA *y* PEROSA.

PEROSA. Hola! aquí estabas?

ALF. A buscaros iba,
y de paso...

PEROSA. Muy bien: la jente moza!...

ALF. Ha tanto tiempo que en Sevilla falto!

PEROSA. Y queremos lucir nuestra persona.

GAR. Hace bien, que es bizarra.

PEROSA. Y tú, qué haces
por acá, estudiantillo?

GAR. (*Inclinándose con respeto.*) Seor Perosa!...

PEROSA. Cómo! estos son los libros en que estudia?
Vaya á casa y trabaje.

GAR. No hay autopsia.

PEROSA. Aprenda su leccion.

GAR. Ya, ya os entiendo:
decid que mi presencia os incomoda...
(Mas feroz cada dia!)

PEROSA. (Rapazuelo!)

GAR. Voy. (No te mueres! como Dios me oiga...)

ESCENA VII.

PEROSA. ALFONSO.

PEROSA. Conque decias?...

ALF. De mi larga ausencia,
ya tal vez la malicia cavilosa
de algunos se ocupó.

PEROSA. Dalo por cierto.

ALF. Sospechan.

PEROSA. Si; mas la verdad se ignora.
ALF. De suerte que...
PEROSA. Comprendo: si esplicarlo
á la febril curiosidad se logra
del vulgo necio...
ALF. Sí: tal es mi intento.
PEROSA. (*Con malicia.*) Y has empezado por acá la historia?
ALF. Es Samuel poderoso, y de don Pedro,
la estimacion y hasta el cariño goza.
PEROSA. No le quisiera yo por mi enemigo.
Tienes razon en eso; pero ignoras
que en punto á su lealtad es inflexible?..
ALF. Por eso mismo deslumbrarle importa.
PEROSA. Bien harás, si del Rey á quien ofendes
encastillado en tu arrogancia loca,
sentir no quieres el tremendo brazo
que á armarse va del rayo de su cólera.
(*Mirándole fijamente.*)
ALF. Pues qué sabeis?
PEROSA. Los nobles descontentos
que temerarios su rigor provocan...
ALF. (*Con vehemencia.*)
Los han vendido.
PEROSA. Como á Cristo Judas.
ALF. Mas no hay pruebas.
PEROSA. Si tal: sus firmas propias.
ALF. Y el Rey las tiene en su poder?
PEROSA. Espera,
que pronto las tendrá.
ALF. (*Animándose.*) Ya es otra cosa.
PEROSA. Es igual: yo no sé cómo esos hombres,
osan fiar su hacienda y sus personas
á un pergamino.
ALF. Cierto! (Están perdidos.)
PEROSA. No serás tú jamás tan idiota.
ALF. Y por qué nó? cuando el ejemplo ciega,
cuando otros con audacia generosa
juegan su vida, la prudencia, oh padre!
cede su puesto ó la pasion la ahoga.
PEROSA. (*Con ansiedad.*)
Es decir, que si en manos de don Pedro
caen esas pruebas..
ALF. Mi esperanza aborta.
PEROSA. Se trata de tu vida, y el monarca,
ofendido una vez, tarde perdona.

ALF. Ya lo sé: pagaré con mi cabeza.
PEROSA. Mejor te fuera que vivir sin honra.
Mas ya que ciego en la traicion te obstines,
ya que á la muerte despechado corras,
reflexiónalo bien, en el cadalso,
cuando no haya baldon, no siempre hay gloria.
ALF. Y dónde están los campos de batalla,
donde, vestida la acerada cota,
buscar pueda entre lanzas enemigas
el laurel de una muerte generosa?
Vencidos, derramados por la tierra,
los partidarios del infante imploran
asilo y proteccion en suelo estraño,
y ocultan su vergüenza y su derrota.
PEROSA. Y mañana tal vez... ya se murmura;
del favor de otro príncipe á la sombra,
á España volverán.
ALF. Con estrangeros?
PEROSA. Dicen que sí. . de lo mejor de Europa.
ALF. Si eso fuere verdad, que no es posible,
yo os prometo, señor, por la memoria
de aquella que me tuvo en sus entrañas,
contra ellos derramar mi sangre toda.
PEROSA. Mas si antes por traidor das al verdugo
tu garganta, que es fácil, se malogran
tan bellas esperanzas.— Oh! ese imbécil
bastardo!.. él es quien la cabeza os corta.
ALF. Don Enrique! dudais de su nobleza?
PEROSA. Y quién fia una prenda peligrosa
de un combate al azar? la instable suerte
que te halagaba ayer, hoy te abandona...
ALF. Pero esplicadme ..
PEROSA. Qué?
ALF. De esa sospecha
hirviendo está en mi pecho la ponzoña.
Don Enrique, decis?..
PEROSA. Huyó del campo
en no sé qué batalla, y fué tan pronta
su fuga, que en la tienda abandonadas
quedaron de su cámara las joyas.
ALF. Joyas de gran valor!
PEROSA. Es lo de menos
el precio: ya verás! Hay una entre otras...
un cuchillo de caza, que encerrando
del pomo en lo interior. —¡Obra curiosa! —

profunda cavidad ..

ALF. Entiendo! entiendo!
(Si yo pudiera aun de mi vida á costa...)
Y os dijo el mismo Rey...

PEROSA. En su aposento,
pocos instantes ha, toda la historia
al traidor escuché.

ALF. Dios le maldiga,
y maldiga tambien al que le compra.

PEROSA. Y que un hebreo entre sus manos tenga
de tantas vidas y de tantas honras
encerrado el destino!

ALF. Y él sin duda
aún de esa prenda la importancia ignora.

PEROSA. No esperes, sin embargo, que la fie
á quien el Rey no fuere

ALF. Sí?

PEROSA. No hay roca
que resista en la mar embravecida
el poderoso empuje de sus olas,
que la indomable fortaleza iguale
de ese viejo tenaz.

ALF. (Veremos.)
(*Mientras Perosa hace como que examina un libro, escribe Alfonso rápidamente un billete*)

PEROSA. Oiga!
Averroes! el hebreo es, por lo visto,
inclinado á las ciencias tenebrosas.

ALF. (*Deja de escribir y guarda el billete.*)
(Engañarla! Es preciso.)

PEROSA. En fin... qué dices?
te decides á huir?

ALF. No...

PEROSA. Reflexiona...

ALF. Echada está la suerte: con los mios
de ese martirio partiré la gloria.

PEROSA. Tú morir! tú! mi corazon primero (*Con calor.*)
la estrecha cárcel de mi pecho rompa.

ALF. (*Enternecido.*)
Padre!

PEROSA. No morirás!

ALF. Y hay quien os crea
insensible, cruel!..

PEROSA. Y qué me importa?..

ALF. Eso decis! Cual fuera mi ventura

si os conociera el mundo que os baldona,
como os conozco yo!

PEROSA. Sí, te comprendo!
Quisieras tú decir; ese que ahora
de un alma impía la fealdad ostenta
en la espresion de su mirada torva,
ese lleva la cruz de su martirio
con noble esfuerzo y resistencia heróica,
ocultando el calor del sentimiento
bajo la hiel de su sonrisa irónica.
Si, de ese corazon en las tinieblas
instintos hay que la prudencia ahoga.
No es esto, en fin, lo que decir quisieras?

ALF. Sí, y esa es la verdad.

PEROSA. (*Mudando de tono.*) No; te equivocas.

ALF. A qué ocultarme...

PEROSA. Deja que mi fama,
tal como es ella, por el mundo corra.
Y cuando fuera así, piensas, Alfonso,
que te creyeran? no! cuando es tan honda
la huella de la duda, tarde ó nunca
de nuestro noble corazon se borra.
Y yo tambien no dudo?

ALF. La sospecha
no siempre es justa.

PEROSA. Pero nunca estorba.

ALF. Eso es horrible, padre!

PEROSA. Es mi sistema.

ALF. Y por esa apariencia mentirosa,
tal lo quiero pensar! el mundo os juzga...

PEROSA. Un malvado, un traidor! Y eso te asombra?
(Oh! la sublime perspicacia humana!..)

ALF. Y por qué ese rencor, y por qué os odian?
Juguete de un monarca aborrecido
que de mi reina el tálamo deshonra...

PEROSA. Es su hermano mejor?

ALF. No es que me ciegan
mi cariño y lealtad.

PEROSA. Mucho le abonas!
Don Pedro, hasta en sus crímines es grande;
Don Enrique es bastardo... hasta en sus obras,
y yo acepto del tigre la fiereza
y no la astucia vil de la raposa.

ALF. Hay un crimen atroz que eternamente
el brillo eclipsará de su corona,

y que aun impune está.
PEROSA. (*Sombrío.*) No te comprendo!
ALF. Pero vive del conde en la memoria!
Diez años ha que su rigor lamenta
de Leonor de Guzman la triste sombra!
PEROSA. (*Aterrado.*)
Basta! basta!
ALF. (*Con asombro.*) Por qué?...
PEROSA. Silencío digo?
Que ese nombre jamás suene en tu boca!
ALF. (Qué sospecha!... no! no!)
PEROSA. (*Mirando adentro.*) Viene el hebreo!
Cuenta con él! tus ímpetus reporta.

ESCENA VIII.

Dichos y SAMUEL. *Alfonso queda colocado á distancia respetuosa.*

SAMUEL. Quién aqui!.. Perosa?
PEROSA. El mismo.
SAMUEL. Siempre exacto.
PEROSA. Siempre fiel
á mi obligacion! Quedásteis
algo destemplado ayer,
y luego, sois tan indócil
dormis poco y no está bien...
Trabajais mucho?
SAMUEL. Procuro
cumplir siempre mi deber.
Tomad asiento. (*Se sientan.*)
PEROSA. (*Tomândole el pulso.*) No dige?
lo mismo que sospeché!
El pulso precipitado,
seca y ardiente la piel...
SAMUEL. Síntomas de fiebre!
PEROSA. Justo.
SAMUEL. Es raro! hoy me siento bien.
PEROSA. No es gran cosa: sin embargo
siempre es bueno precaver.
Vendré á veros esta noche.
SAMUEL. Será como vos gusteis.

PEROSA. Por qué no llegas, Alfonso?
(*Volviéndose á su hijo.*)
SAMUEL. Qué es lo que mis ojos ven?
Alfonso!
ALF. (*Acercándose con respeto.*) Señor!
SAMUEL. No habia
reparado: qué quereis!
Me falta la vista.
PEROSA. Mucho!
SAMUEL. Achaques de la vegez.
Dos años ha que no os veo
en Sevilla; pero quién
hubiera dicho!... Y por dónde,
si es que se puede saber...
PEROSA. Sí tal! no es ningun misterio.
ALF. En efecto, y os diré...
PEROSA. (Se turba!) No os lo habia dicho?
Ha dado en enriquecer.
SAMUEL. Eso es bueno.
PEROSA. Vuestro ejemplo
le ha estimulado tal vez;
pero tiene sus reparos
en confesarlo: y por qué?
SAMUEL. Tiene razon vuestro padre.
PEROSA. Ya trafica.
SAMUEL. Y hace bien.
ALF. Cierto, y por eso ha viajado
por...
PEROSA. Por Berberia y Fez.
SAMUEL.. Fez! la tierra de mis padres! (*Con entusiasmo.*)
Buen pais, Alfonso!
ALF. Y buen...
PEROSA. (*Interrumpiéndole.*)
Algo ardiente, segun dice.
ALF. Sí, sí!
PEROSA. Pero otra Babel.
SAMUEL. Hay gran comercio, y es fuerza
que allí compendiado esté...
ALF. (Mudad la conversacion,
padre.)
PEROSA. (Será menester.) (*Mirándole con lástima.*)
Y qué! vuestra hija no sale
por acá!
SAMUEL. No: como es
tan tímida, tiene al mundo

miedo.

PEROSA. Si? Qué sencillez!
(*Volviéndose á Alfonso*)

SAMUEL. Entregada á sus labores,
que no tiene otro placer,
vive siempre en su retiro.
— En aquel alma no hay hiel!
(*Acercándose á Perosa y manifestando orgullo y ternura.*)

PEROSA. (Pobre viejo!)

SAMUEL. Eso no obstante,
si vos la quisiereis ver...

PEROSA. Ya ha tiempo que no disfruto
esa dicha, y me dareis
gusto en ello.
(*Samuel se acerca á la puerta de la izquierda y levanta el tapiz que la cubre.*

ALF. (Sin saberlo,
me ayuda.)

SAMUEL. Hija mia? ven.

ESCENA IX.

Dichos y LIA.

LIA. Señor? Ah!
(*Al ver á Alfonso y Perosa, se turba y queda como clavada al dintel de la puerta.*)

SAMUEL. (*Ap. á Perosa.*) (No os lo decia?)

PEROSA. (En efecto.)

SAMUEL. (Ya lo veis:
hasta el color ha perdido.)
Acércate.

LIA. Para qué?

SAMUEL. Maese Perosa, y Alfonso
su hijo, que viene de Fez,
(*Movimiento de sorpresa en Lia.*)
ahora me pidieron verte.

LIA. Mucho debo agradecer...

ALF. No, no tal; el homenage
que rendimos á esos pies,
tributo es que á la belleza...

SAMUEL. Paso! paso, buen doncel.

Mi hija no entiende esas flores.

PEROSA. (*Ap. á Alfonso.*)
(Todo lo echas á perder!
Antes pecaste de estúpido,
y ahora pecas de cortés.)

SAMUEL. Oidme Alfonso: entre nosotros,
por costumbre y aun por ley,
en silencioso retiro
vive siempre la muger.
Por lo tanto, no es estraño
que ignore, como lo veis,
usos que el mundo autoriza,
y no veda vuestra fé.

ALF. Perdonad; no era mi intento
como podeis comprender...

SAMUEL. Estais disculpado.

PEROSA. (*Ap. los dos.*) Es mozo,
y ambos lo fuimos tambien!

SAMUEL. Dichosa edad!

PEROSA. ¡Quién pudiera
á nuestra sangre volver
aquel fuego impetuoso
de las pasiones, y aquel...

SAMUEL. Cenizas! Cenizas solo
quedan ya.
(*Separándose de Lia como para que no le oiga, pero volviendo siempre la vista con recelo á donde está Alfonso.*)

ALF. (No he de poder...)
(*Alfonso mira á Lia de una manera significativa y con ademanes que manifiestan su impaciencia. Despues, cuando conoce que ha llamado su atencion, saca el pedazo de pergamino en que ha escrito durante la escena con su padre, y acercándose á la mesa, lo coloca dentro de uno de los libros que hay sobre ella. En este momento, Samuel hace un movimiento rápido con la cabeza, y observa la accion de Alfonso Todo esto se hará segun lo indica el diálogo.*)

LIA. (Qué quiere decirme?)

PEROSA. Cierto;
pero ya que eso no es,
aun quedan compensaciones,
y á nuestra edad... Qué teneis?
estais inquieto.

SAMUEL. No es nada.
ALF. (Aquí... sí!)
SAMUEL. (Dios de Israel!)
PEROSA. Quedan, la ambicion, la gloria,
la riqueza...
SAMUEL. (*Distraido.*) Sí.
PEROSA. Y el que
como vos, tiene en sus arcas
á montes el oro...
SAMUEL. Pues!
teneis razon. (Ay! me venden!)
ALF. (Nada ha visto el padre: bien!)

ESCENA X.

Dichos y un CRIADO *del* REY. *Sale por el fondo con pliego.*

CRIADO. De parte del Rey.
SAMUEL. (*Dudando.*) Sois vos?...
CRIADO. Del rey don Pedro un criado.
SAMUEL. Sí: recuerdo.
CRIADO. (*Ap. á Samuel y con misterio.*) (Es reservado:
que no salga de los dos.)
SAMUEL. Bien. (*Abre y lee.*)
PEROSA. (*Acercándose á Alfonso.*)
(Comprendes?)
ALF. (Lo adivino.)
PEROSA. (Pues bien: ya que estás en ello,
procura guardar el cuello.
Aun tienes libre el camino.)
ALF. (Veremos.)
SAMUEL. (Y estan despacio!)
(*A Perosa y Alfonso.*)
Me llama el Rey...
PEROSA. Pues qué habrá
ocurrido? (Si será...)
SAMUEL. (*A Perosa.*) Y vos, no vais á palacio?
PEROSA. Iremos juntos. (*Ap. á Alfonso.*) (Nos echa.)
SAMUEL. (Dejarla aqui!. . no, imposible,
basta apurar este horrible
veneno de mi sospecha!)
CRIADO. (*A Samuel.*)
Nada teneis que mandar?

SAMUEL. Nada: responded al Rey
que su precepto es mi ley.
Puede en mi lealtad fiar.

ESCENA XI.

Dichos, menos el CRIADO.

PEROSA. Debe de ser cosa grave
sin duda, Samuel.
SAMUEL. Lo ignoro.
PEROSA. Sobre asuntos del tesoro?
SAMUEL. Puede ser muy bien. Quién sabe?
LIA. (*Mirando á Samuel.*)
(Qué triste y severo está!)
SAMUEL. (*Haciendo ademan de marchar.*)
Si os parece...
PEROSA. (*Con el mismo ademan.*)
Vuestro soy.
LIA. (*Acercándose á él con timidez.*)
Padre?
SAMUEL. (*Afectando serenidad.*)
Adios.
LIA. (Temblando estoy!)
(*Vánse los tres, y detras de todos Samuel, desapareciendo por la puerta del fondo. Asi que los ha perdido de vista, corre Lia hácia la mesa, y saca del libro el pergamino que puso Alfonso. Un momento despues, sale Samuel y la sorprende en esta actitud.*)

ESCENA XII.

LIA, *luego* SAMUEL, *despues de este* PEROSA.

LIA. Se fueron! Qué me dirá?
(*Leyendo.*) «Esta noche, al dar la diez,
vendré,» Sí, sí! estoy resuelta...
(*Se vuelve y ve á su lado á Samuel que la dirige una mirada terrible.*)
Mi padre!

SAMUEL. Tu padre! suelta,
(*Queriendo arrebatarla el pergamino que ella oculta entre sus manos cruzadas.*)
deshonra de mi vejez!

LIA. Ay! perdon!

PEROSA. (*Asomando á la puerta del fondo.*)
Qué es esto?

SAMUEL. (*Con fingida tranquilidad.*) Nada.
(Imbécil!)

PEROSA. Se os olvidó
alguna cosa?

SAMUEL. Qué? No!
(*Se dirige á la puerta del fondo. Lia cae desfallecida en un sillon.*)

LIA. Hay muger mas desgraciada?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Dormitorio de Samuel, un arca donde está el tesoro, un balcon, puertas laterales y al fondo: es de noche.

ESCENA I.

REBECA.

Bueno será que la luz
por esta ventana asome,
que al divisarla de lejos,
don Alfonso se alboroce,
y que su paso apresure
pensando que aqui se esconde
la enamorada paloma
de sus blancas ilusiones.
Si descubriera Samuel...

Ah! los dos, penas atroces
llorariamos, sufriendo
de su enojo los rigores.
Fuése á palacio, y por pronto
que vuelva, tal vez nos sobre
tiempo... mas ya inquieta llega
Lia, con pasos veloces,
que no sosiega quien gime
del amor en las prisiones.

ESCENA II.

LIA *y* REBECA.

LIA. (*Asomándose al balcon.*)
Nadie! Soledad! misterio!
Apenas el aire corre
tal vez de turbar medroso
el silencio: nade se oye.
Ya de Alfonso la tardanza
en gran cuidado me pone. (*A Rebeca*)
REB. Aun no es tarde; mas decidme,
cómo ha de entrar y por dónde?
Esclavos cuidan las puertas
de sus llaves. guardas dobles,
no sé!...
LIA. No hay puertas que guarden
amorosos corazones.
Una entrada hay que tan solo
mi padre y el Rey conocen:
igual una llave tengo
á la del Rey, y esta noche
á Alfonso abrirás con ella,
apenas suenen tres golpes.
Aqui la escalera nace
y moviendo este resorte...
REB. Entiendo.
LIA. La llave toma.
Al contar diez escalones,
hallarás la puerta. Nadie! (*Se asoma al balcon.*)
todo es paz! las altas torres
fantasmas son que en los cielos
su erguida cabeza esconden.

Noche hermosa! Compañera
de los tristes corazones
que ausentes del bieu que adoran
estan muriendo de amores.
De su caudal centinelas
se alzan del Betis los robles,
y aunque en sus ramas parece
que callan los ruiseñores
en apagados suspiros
van ensayando sus voces:
de sobra estarán los ecos
donde las caricias sobren,
y bien sus halagos dicen
que estan muriendo de amores.
Embalsamadas tus auras
jimen por valles y montes,
que sus amantes jemidos
suspiros son de la noche.
Y en su embalsamado aliento
y en sus misteriosos sones,
parece que hablan al alma
de mil recuerdos las voces
que por su amor le preguntan,
y el alma solo responde:
Llevadle, auras, mis suspiros,
que estoy muriendo de amores.
Mas con su aróma los céfiros
y su manso ruido el bosque
no aman tanto como el alma
cuyos suspiros son voces
que van á decirte Alonso
que estoy muriendo de amores!

REB. Pasos oigo...

LIA. Alguien se acerca.

REB. Enfrente se para un hombre.
(*Se oyen tres golpes suaves.*)

LIA. La señal! es él! mi esposo!
á abrirle, Rebeca, corre!
(*Sale Rebeca por la puerta secreta.*)
Que inquietud! vuela á mis brazos,
ya abrió!.. ya sus pasos se oyen.

ESCENA III.

LIA, ALFONSO *y* REBECA.

Esta atraviesa la escena yéndose apenas entra Alfonso.

LIA. Gracias á Dios! ten cuidado.
(*A Rebeca.*)
REB. Cerca de aquí velaré.
ALF. Llega, mi cielo encantado.
LIA. El corazon angustiado
te aguardaba ya.
ALF. Por que?
LIA. Oh! siempre la oscuridad
velo fué de las traiciones:
laverintos de maldad
son, de esta árave ciudad
los revueltos callejones.
Y estrañas que me impaciente?
ALF. Gracias, mi adorada Lia.
LIA. Que mucho que me atormente,
si de aqui se hallaba ausente
la mitad del alma mia!
ALF. Ah, si mil veces naciera
y yo mil veces te viera
veces mil me enamorara,
que la fugáz primavera
sus flores guardó en tu cara.
LIA. Por qué ausentes, bien querido,
hemos de vivir los dos,
cuando un lazo nos ha unido,
por los hombres bendecido,
y bendecido por Dios!
Mas me olvidaba: furioso
tu carta á mi padre puso.
ALF. La cogió?
LIA. Sí.
ALF. Dios piadoso!
yo procuré cuidadoso...
solo á mi torpeza acuso.
LIA. Vi su enojo, y casi muerta
á sus plantas me quedé:

orden dio de estar alerta
los esclavos á la puerta.
Desesperado se fué.

ALF. Otro medio no tenia...
Oh! cuanto sufres por mi!
yo revelarte debia
hoy un secreto, alma mia,
y, como advertirte?..

LIA. Dí.

ALF. Don Enrique, derrotado
(*Reconoce con la vista la estancia y se acerca á las puertas.*)
de Nájera en el combate,
sobre el campo ensangrentado
una joya, apresurado
dejó, y vengo en su rescate.

LIA. Oh! tanto vale? seria
quizá algun retrato.

ALF. No.
Aunque de poca cuantía,
cual prenda de gran valía
el Infante la estimó.
Yo, Lia, á tu amor imploro;
en volvérsela convine:
que está con otras no ignoro,
de don Pedro en el tesoro,
y aquí por la joya vine.

LIA. Mucho con mi amor contaste.

ALF. Ni un punto dudé, mi bien...

LIA. Que accediese imaginaste?
Te amo, sí, pero olvidaste
que amo á mi padre tambien?

ALF. Como te niegas?..

LIA. Repara...

ALF. Te ruego..

LIA. Alfonso, perdona!
pues si el Rey la reclamara,
justiciero se vengara
de mi padre en la persona.

ALF. No la pedirá!

LIA. O si: yo
no vendo á mi padre; ah, no!

ALF. Es que ignoras que una caja
el infante de esa alhaja
en la cavidad guardó.

Y ella encierra un pergamino
que cien nobles contra el Rey
firmaron.

LIA. Ah! ya adivino!

ALF. Triste será su destino
si dá con la alhaja el Rey!
que odiando á don Pedro son
partidarios del infante.

LIA. Desgarras mi corazon;
mas mi padre! ah, no hay razon
á convencerme bastante!

ALF. Es que los nobles...

LIA. Prefiero
á mi padre,

ALF. Y mi partido!...

LIA. Pero y mi padre querido!

ALF. Y el infante?

LIA. Lo primero
es mi padre!

ALF. Te lo pido
por mi amor.

LIA. No; lo sabria
el Rey y le mataria.

ALF. Si están sus arcones llenos,
una joya mas ó menos...

LIA. Y si alguno?..

ALF. Quien podria?..

LIA. No ha de ser.

ALF. Si ha de ser!

LIA. No!
Perdona, no debo yo,..

ALF. Ignoras que el pergamino
tambien guarda...

LIA. Sí, adivino...

ALF. Mi nombre!

LIA. Lo temia; oh!
salvarte aun puedes.

ALF. Bien sé
que si salvarme quisiera
traidor faltando á mi fé,
pronto pisára mi pié
de Portugal la frontera.
Su suerte juré segir!

LIA. Y si el Rey contra sus cuellos
osa la espada esgrimir?

ALF. Con ellos he de morir
ó he de salvarme con ellos.
Ahora, si quieres que muera,
y tú sola, abandonada,
llorar mi desdicha fiera...
LIA. Bien, no dudo ya; pudiera
matar á mi prenda amada!
Mas mi padre...
ALF. Fia en mi
que ningun peligro...
LIA. Siento.
(*Escuchando.*)
por esa escalera, si!
REB. Vuestro padre... (*Saliendo apresurada.*)
LIA. Ay! al momento
ocúltate, Alfonso, aqui.
(*Ocúltase Alfonso, Rebeca se vá atravesando la escena por la puerta de enfrente.*)

ESCENA IV.

SAMUEL, LIA.

SAMUEL. Aun aqui?
(*Con enojo.*)
LIA. Padre mio.
Mi cuidado estrañais? siempre os espero.
(De alcanzar desconfio
su perdon.)
SAMUEL. Vete ya.
LIA. Tanto desvio...
Estais conmigo por demas severo.
SAMUEL. Teme mi enojo, Lia.
LIA. Vos tan cruel, y me adorabais tanto?
SAMUEL. Sí, porque no creia
que con tu negra ingratitud un dia
mis cuidados pagáras.
LIA. Cielo santo!
Ingrata yo!
SAMUEL. Sí, aparta,
y no despiertes mi furor.
LIA. Oid.
SAMUEL. Vete.

Ya mi paciencia se harta.

LIA. Tanto rigor merezco?

SAMUEL. Aquella carta...

LIA. Pienso, si me escuchais, que no os inquiete
(Yo engañarle no debo,
mas si él supiera... Oh! nunca le matara)
—Que mucho que un mancebo
de mi se enamorase y... (No me atrevo
á mentir: preciso es.) y audaz osara...
Mas nunca mis favores
pudo alcanzar.

SAMUEL. Ingrata, su constancia
pagaste con rigores?...

LIA. Yo esa constancia ignoro.

SAMUEL. Mis furores
teme: nunca le hablaste?

LIA. Ah, sí; en la infancia
desde la edad primera,
nos vió crecer entre sus gayas rosas
del Betú la ribera,
ambos corriendo en su gentil pradera
cual rebolando van dos mariposas.
Tierno me prodigaba
dulces halagos de infantil cariño:
qué era amar ignoraba,
y tal vez inocente ya me amaba,
su candoroso corazon de niño.
No pasa el tiempo en vano,
y con doliente voz me dijo un dia:
«Ay! mi padre inhumano
quiere que huya de tí, pues soy cristiano.
Y lloraba al decirme: adios judía!
Creció, fuese á la guerra...

SAMUEL. Y no le has visto mas? nunca? mentiste.

LIA. Señor...

SAMUEL. El labio cierra
porque me ultraja tu doblez.

LIA. Me aterra..

SAMUEL. Ni siquiera cruzar su sombra viste.
Quién tu sueño celando,
á la puerta rondó de tu clausura,
y al verme, recatando
misterioso la faz, se iba alejando
negro fantasma de la noche oscura.
Era él!

LIA, Quizá él seria...
SAMUEL. Y quien tus rejas coronó de flores
y hasta romper el dia,
los espacios poblaba de armonía
en regalada música de amores?
Quien ardiendo en deseos
de verte, aguija el alazan y vuela,
y rinde sus trofeos
al volver triunfador de los torneos,
arrojando su banda á tu cancela?
De quien es el liviano
corcel, que en ostentosa gallardia
piafa á tu puerta ufano?
Quien en fin el doncel? es el cristiano
que de amores requiebra á la judia?
LIA. Padre!
SAMUEL. Ay, si una esperanza
imprudente le diste! de mi enojo
teme la atroz venganza,
sabras á donde mi rigor alcanza
si yo otra prueba, desdichada, cojo;
sabras, ingrata, aleve...
LIA. Las iras moderad.
SAMUEL. A tu aposento
vete ya!
LIA. No os conmueve
mi llanto!
SAMUEL. Lia! (*Airado.*)
LIA. (Alfonso! ay! quien se atreve?...
Como podrá salir? Oh que tormento!)
(*Mirando hácia donde Alfonso está oculto váse.*)

ESCENA V.

PEROSA, SAMUEL. GARCIA.

SAMUEL. Perosa!
PEROSA. El mismo.
SAMUEL. (Este espia
do quiera me sigue.) Y bien?...
PEROSA. Vine á veros.
GAR. Yo tambien.
SAMUEL. Este hombre es la sombra mia.

PEROSA. Como algo indispuesto os ví
no me quise retirar
sin venir á examinar...
SAMUEL. Nada, Perosa, advertí.
Ningun síntoma...
PEROSA. No obstante
(*Samuel ofrece el pulso á Perosa y este le aparta.*)
No hay para que, una mirada
me basta: oh! no ha sido nada:
lo está diciendo el semblante.
Sois tan aprensivo...
SAMUEL. Yo...
cuando os dige?...
PEROSA. Siempre estais
pensando que á morir vais.
SAMUEL. Yo temí!...
PEROSA. Bah!...
SAMUEL. Se empeñó. (*Aparte.*)
PEROSA. Salir de Palacio os ví,
y de lejos os guardé
la espalda: Tras vos marché.
GAR. Y estamos todos aqui.
PEROSA. Vuestros esclavos las puertas
me abrieron siempre...
GAR. Y detras
me entré yo tambien.
SAMUEL. (De hoy mas
poco has de verlas abiertas.)
PEROSA. Estrechas las calles son,
y al veros solo, temí...
SAMUEL. Gracias. Mas ya estoy aqui.
PEROSA. Que como hay tanto bribon!...
GAR. (Bah! pues tú no eres muy bueno.)
SAMUEL. Tal merced... siempre esta casa
fué vuestra y...
PEROSA. La ira le abrasa. (*Aparte.*)
SAMUEL. Estoy de coraje lleno. (*Aparte.*)
GAR. El por guardaros á vos
tras vos vino amigo fiel,
y yo por guardarle á él
me vine tras de los dos:
de suerte que el interés
del mutuo afecto...
SAMUEL. (Importuno.)
GAR. Guardandonos uno á uno

aqui nos trajo á los tres.
SAMUEL. Yo celebro... (á que vendrán?)
no estrañé vuestro cuidado; (*A Perosa.*)
mas me encuentro...
PEROSA. Sí, aliviado.
SAMUEL. No: bueno.
PEROSA. Eso es.
SAMUEL. (No se van!
(*Perosa se sienta.*)
se sienta!)
GAR. Pues yo tambien.
SAMUEL. Ya lo que debo hacer yo
claro el Rey me lo esplicó.
(*Con intencion á Perosa.*)
PEROSA. Siempre el Rey se esplica bien.
Tan claras son sus razones
que el mas torpe las entiende,
y si alguien mal las comprende,
dando ejemplares lecciones,
con rostro afable y sereno
le ahorca.
GAR. Remedio seguro
contra la torpeza: duro.
(Cuando digo que no es bueno!)
SAMUEL. Como al Rey oigo con fé
siempre claro le entendí.
PEROSA. Tambien esta noche?
SAMUEL. Sí. (*Suspenso.*)
sabreis quizas?...
PEROSA. Nada se!
Solo así: como por sueño
á comprender he llegado
que don Pedro se ha empeñado
en ser esta noche dueño
de una joya misteriosa
que se encuentra en su tesoro.
Del Rey el objeto ignoro,
SAMUEL. (Don Pedro contó á Perosa...)
PEROSA. Y muy grande la riqueza
de la joya debe ser,
pues si se pierde, á perder
vá el guardador su cabeza.
SAMUEL. Admirado estoy!
PEROSA. De qué?
SAMUEL. Secretos el Rey os fia?...

PEROSA. Algunos.
SAMUEL. El os diria
lo de la joya.
PEROSA. No se!
SAMUEL. Conoceis la alhaja?
PEROSA. No
SAMUEL. Y sabeis se encuentra?...
PEROSA. Allí.
SAMUEL. Vendrá por ella el Rey?
PEROSA. Sí.
SAMUEL. Esta noche?
PEROSA. Tal creo yo.
Tenerla á mano debeis,
y asi cuado el Rey la pida
podeis dársela en seguida,
aunque presto la hallareis,
ahora ó luego.
SAMUEL. No; pudiera
confundirse facilmente.
PEROSA. Si es que la seña no miente,
bien pronto vos...
SAMUEL. Mejor fuera,
pues hay tiempo y ocasion...
PEROSA. Buscarla ahora!
SAMUEL. No aprobais?
PEROSA. Haced vos lo que querais,
quizá hallarla entre un millon
de joyas...
SAMUEL. Oh! en un momento!
muy fácil: á un golpe de ojo
de entre ese millon la escojo;
las tengo tomado el tiento.
(Me recelo.)
(*Se dirige Samuel al arcon y le abre.*)
GAR. A toda ley
se hizo la caja.
PEROSA. Muy suaves
están las guardas.
GAR. Dos llaves.
SAMUEL. He aquí el tesoro del Rey!
PEROSA. La buscais tan afanoso!
Estais seguro de hallarla?
SAMUEL. Quien aqui puede tocarla?
GAR. (A que le ahorcan!)
SAMUEL. (Receloso

me tiene. (Si la señal (*Buscando.*)
no engaña, bien presto yo
la hallaré... quizá... no, no...
(*Examina algunas y las deja con enfado.*)
Oh! ya la encontré: un puñal.

PEROSA. Un puñal!
(*Alto y paseandose por delante de la puerta donde Alfonso está oculto.*)

SAMUEL. Linda cuchilla!

PEROSA. Joya es de regia persona!

SAMUEL. En el pomo una corona
y las armas de Castilla.

PEROSA. Debeis dejarla á la mano
si estais cierto...

SAMUEL. Oh! sí.

PEROSA. (*Alzando la voz.*) Un puñal
con una corona real
y el escudo castellano.
Gran joya! Mas, tarde es ya
García, y demas estamos.

SAMUEL. (Sí, tiempo hace.)

PEROSA. Nos marchamos.
Aunque poco dormirá
Samuel. Presente tened (*A Samuel.*)
que el que algo á don Pedro hurtó,
con su cabeza pagó,
pues pronto le hizo merced,
de horca, puñal ó veneno.
Sintiera veros ahorcado.

SAMUEL. Sí, pues obrar con cuidado...

GAR. (Si lo dije! sí no es bueno!

SAMUEL. Os doy luz y compañía,
hasta la puerta.

GAR. Tened
presente aquella merced
del Rey.

SAMUEL. Chancero venia.

GAR. Alegre estoy con motivo:
pues sabed que desde hoy
del Rey empleado soy,
y con gente gorda vivo.

SAMUEL. Cómo?

GAR. En las Atarazanas,
que es donde encarcela el Rey
á los nobles que su ley

olvidaron.

SAMUEL. Mucho ganas!

GAR. Voy al sol de mi ambicion
subiendo
(*Al salir dice aparte García á Samuel.*)

SAMUEL. No imites á Ícaro!

GAR. Preciso es parecer pícaro
delante de este bribon. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ALFONSO *y* LIA *que se acerca donde está oculto.*

LIA. Vete, feliz ocasion.

ALF. Bien claro lo oí; un puñal
con una corona real,
y de Castilla el blason.

LIA. Al punto sal.

ALF. No, primero,
la joya...

LIA. Imposible: aqui
mi padre vuelve, ay de mí!

ALF. A que se recoja espero.
(*Vuélvese á esconder impelido por Lia.*)

ESCENA VII.

SAMUEL. LIA.

SAMUEL. Me estraña esta visita,
y ha sido por demas nécio el pretesto:
su sarcástico gesto,
me repugna, me irrita,
y sin saber por que, yo le detesto.
(*Viendo á Lia con enojo despues de dejar la luz.*)
Aqui otra vez!

LIA. Airado
os dejé al retirarme y anhelaba
veros desenojado.

SAMUEL. (*Aparte.*)
Siento haberla mostrado
tanto rigor.

LIA. Me voy, mas yo esperaba....

SAMUEL. Piensas que yo no siento
el que ocasion me des?... Siempre fui justo.
LIA. Bien; me iré á mi aposento.
SAMUEL. Ya reñirte no intento.
LIA. Reñís callando si os mostrais adusto.
SAMUEL. No aumentes mis dolores
que harto me muestra el mundo codicioso
su envidia y sus rencores;
bastantes sinsabores
rodean á tu padre cariñoso.
Soy del Rey Tesorero,
porque hasta el Rey envidia mi tesoro:
nadie en el suelo Ibero,
tiene tanto dinero,
y mas anhelo cuanto mas te adoro.
Ven, Lia, cariñosa
como siempre á mi lado: mis enojos
olvidé!
LIA. (Es su amorosa
voz, saeta venenosa
que me hiere cruel!)
SAMUEL. Lloran tus ojos!
LIA. Es señor, de alegría..
SAMUEL. Con sonrisa y halagos tu contento
demuéstrame, alma mia.
LIA. (Y yo le engaño impía!
rasga mi corazon, remordimiento.)
SAMUEL. Aun harás que enojado...
LIA. No, si contenta estoy, veis me sonrio!
cuando, padre adorado,
un placer mas colmado
gocé?
SAMUEL. De tus palabras desconfio.
LIA. Son crueles antojos.
SAMUEL. Lo que en mis brazos tu sonrisa vale
lo dicen tus enojos,
el llanto de esos ojos
te hace traicion y á desmentirte sale.
LIA. Con fé mas viva y pura,
ese profundo amor debí pagaros;
y aunque con mas ternura
mi alma amaros procura,
mas que os adoro ya, no sé adoraros.
SAMUEL. Ah! no hay dicha en la tierra
para mi sin tu amor! en ti, hija mia,

mi esperanza se encierra,
en tí mi bien, mi gloria, mi alegria.
Cuando vas á mi lado
y te abre paso la agrupada gente,
no falta quien osado,
dice al verte, admirado:
bella es, como las perlas de oriente!
De modestia y decoro
una imagen mas fiel no hay en la tierra.
Ni en la torre del oro
cabe el rico tesoro
que en sus arcas Samuel para ella encierra.
Rica es! y mas galana
que esas palmeras, vanidad del viento.
Quien de esa flor temprana,
pura cual la mañana,
quien el dueño será de ese portento!
Y yo sonrio ufano
con orgullo diciendo en mi alegria:
no hay en el suelo hispano
hebreo ni cristiano
que merezca el amor de mi Judia.

LIA. Ah! es todo un lisongero
sueño.

SAMUEL. No, yo te juro!..

LIA. (Sus caricias
(*Separándose de él.*)
me avergüenzan) No quiero
que por mi esteis...

SAMUEL. Espero
al Rey.

LIA. El cielo os guarde.
(*Váse despues de abrazarle y él la acompaña hasta la puerta.*)

SAMUEL. Es mis delicias!

ESCENA VIII.

SAMUEL.

Al Rey obedezco fiel
porque su rigor es tal,
que es preciso estar ante él
á sus pies como un lebrel

pronto á la menor señal.
Que donde su afecto alcanza
llega tambien su rigor;
viento es de fácil mudanza
que no hay segura bonanza
en los mares del favor.
Resignacion! y al Rey fiel
sirvamos, pues su alma es tal
que es preciso estar ante él
á sus pies como un lebrel
pronto á la menor señal!
Aun tardará, recostado
aqui esperaré al monarca;
cuantas horas me has quitado
de paz, y cuantas me has dado
de insomnio y pesares, arca! (*Mirando al tesoro.*)
Cuantas noches pasé en vela (*Siéntase junto al arca.*)
tu constante centinela!
mi alma avara de descanso
la paz del mendigo anhela,
su sueño tranquilo y manso!
(*Va apagándosele la voz hasta quedarse dormido lentamente.*)

ESCENA IX.

SAMUEL. ALFONSO. LIA *despues y el* REY *que embozado asomará á su tiempo por la puerta secreta.* ALFONSO *sale cautelosamente y lleno de asombro deteniéndose á la menor respiracion: abre lentamente el arca cuando el diálogo lo marque, y despues de apoderarse de la joya se va retirando con el mismo silencio.*)

ALF. Nada oigo! se habrá acostado?
Ah! junto al arca dormido!
Ya la ocasion ha llegado,
(*Se va acercando.*)
del corazon alterado
va á despertarle el latido!
SAMUEL. (*Soñando.*)
El Rey...

ALF. (*Deteniéndose.*) Ah! sueña, no acierto...
á moverme: abro el arcon:
maldita respiracion!
¡Y qué haré si le despierto!
Que agonía! á todo estoy
resuelto... si se despierta: (*Abre la caja.*)
Ya la caja miro abierta:
Ah! la joya! feliz soy!...
lleguemos pronto á la puerta.
(*Al dirigirse á la puerta secreta por donde entró suena hácia el mismo lado un golpe récio.*)

ALF. Oh!...
(*Despierta Samuel, y se queda mirando absorto á Alfonso que sigue retiráudose, pero el viejo reuniendo sus ideas se lanza á él.*)

SAMUEL. Quién!... Dios mio!.. Ah! el puñal.

ALF. Cumplí de honor una ley.
perdonadme!...

SAMUEL. Hombre fatal!

LIA. Mi esposo es! (*Sale precipitada.*)

SAMUEL. Noche infernal!
(*Arrodillada se interpone entre ambos y salta por el balcon Alfonso.*)
aparta malvada!

LIA. (*Viendo á don Pedro que aparece en la puerta secreta embozado.*)
Ah!

SAMUEL: El Rey!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de las atarazanas. Puerta al fondo y dos á cada lado, la de la izquierda del espectador, mas inmediata at proscenio, es la sala en que se da tormento. La de la derecha mas próxima al foro, da paso á los calabozos. Las demas, se figura que comunican con las galerias principales, y dan salida á la calle.

ESCENA I.

GARCIA, *solo.*

Me horrorizan sus gemidos!
de hierro sus huesos son;
de sus miembros retorcidos
los horrorosos chasquidos
desgarran mi corazon!

Yo ví Samuel tu semblante
lívido, tus labios secos,
ya blasfemando arrogante
ó ya lanzando espirante
ayes estertóreos huecos.
Un hueso con otro choca,
y el corazon desgarrado
al cielo, al infierno, evoca:
Yo vi su torcida boca
y su cabello erizado!
Ni un punto el dolor le deja!
pide compasion, no la hay!
solo responde á su queja
triste el eco que se aleja
herido y espantado.

SAMUEL. (*Dentro.*) Ay!...

GAR. Su voz! sí, al dolor violento
desmaya; con calma impía
(*Dirigiéndose á la sala del tormento.*)
le dejais cobrar aliento,
y suspendeis su tormento
para alargar su agonía.
La hiena su presa agarra,
y en su sed abrasadora
se ciega, y clava la garra,
la hiere, y muerde, y desgarra,
y sangrienta la devora.
Mas ella en sus lastimeras
quejas, no se goza en calma;
vosotros en sus postreras
ansias, gozais; mas que fieras
hombres sois, pero sin alma!

ESCENA II.

GARCIA. PEROSA *y* FORTUN, *que se queda á la puerta del fondo.*

PEROSA. (*Inmutado.*)
Tarde!

GAR. (Otra hiena.)

PEROSA. (*A media voz á García.*) García!

Advierte á Juan; que al momento
del reo, suspenda el tormento.

GAR. (Quiere alargar su agonía!) (*Váse por la izquierda.*)

PEROSA. Fortún?

FORTUN. (*Acercándose con respeto.*)
Señor?

PEROSA. Una puerta
no hay, que da al campo?

FORTUN. Cerrada
se halla siempre, y bien guardada.

PEROSA. La quiero esta nache abierta.

FORTUN. Yo!... la obediencia es mi ley;
pero el deber de mi oficio...

PEROSA. Asi conviene al servicio
del Rey.

FORTUN. Ya! lo manda el Rey!

PEROSA. Hoy le he hablado en tu favor.

FORTUN. Sí!
Ya decírtelo puedo.
El Rey te manda á Toledo
de carcelero mayor.

FORTUN. Cargo honroso!

PEROSA. Pero grave.

FORTUN. Y cuándo parto?

PEROSA. Al rayar
el dia.

FORTUN. Voy á buscar
en este instante la llave. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA III.

PEROSA. SAMUEL. JUAN DIENTE, *y un* BALLESTERO, *los dos últimos sosteniendo á* SAMUEL.

SAMUEL. Luz! espacio, me ahogo, viento!
quiero respirar! dejadme,
verdugos!... mas no, matadme,
pero pronto!... espacio! aliento!
mas para qué? rencoroso
don Pedro me hará sufrir
de nuevo! no! antes morir
que ese tormento horroroso!!..

JUAN. Hoy, no imagino que intente
el Rey... mañana quizá...
SAMUEL. Alli otra vez me pondrá!
JUAN. Hasta que canteis.
PEROSA. (*Severo.*) Juan Diente!
(*Acercan un sitial haciendo sentar en él á Samuel.*)
SAMUEL. Por qué, decid, ordenasteis
que me dejaran, Perosa!
PEROSA. Fuera una muerte espantosa.
SAMUEL. De que vuelva me librasteis?
JUAN. Cuanto mas sufra, mejor,
decia yo para mí;
mas presto hablará, y asi
acaba antes su dolor.
No dudo tendreis presente
si á su gracia os vuelve el Rey
que cumplí bien con su ley!
SAMUEL. Ah! sí!
JUAN. (*Ap. á Perosa.*) Qué ingrato!
PEROSA. (*Airado.*)
Juan Diente!
por última vez te advierto.
(*Viéndole asomar á la puerta.*)
Alfonso!

ESCENA IV.

Dichos, y ALFONSO.

ALF. Ah! vive! sabré
si declaró.
SAMUEL. (*Al verle.*) Cielos!
JUAN. (*Con estrañeza.*) Qué?
PEROSA. (*Colocándose entre Alfonso y Samuel.*)
Creyó que era el Rey..
SAMUEL. (*Con intencion.*) Sí!... cierto.
PEROSA. Se ha obstinado en ocultar
el nombre de quien robó
la joya.
ALF. (Hombre singular!)
PEROSA. Con un valor ejemplar
tantos dolores sufrió.
JUAN. Par diez que raya en locura,

por una reserva nécia
trocar en honda amargura
oro, paz, poder, ventura,
cuanto el hombre mas aprecia.

PEROSA. No le exaspereis, su estado
no permite...

SAMUEL. Oh!... que malvado!

PEROSA Y si él, el nombre supiera
del robador, ya le hubiera
en el potro declarado.

SAMUEL. Nada sé; solo en la fiera
agonía del martirio,
á mi queja lastimera
vino una sombra... quimera!...
creacion de mi delirio!
era... la imágen de aquel
que alli me arrastró cruel,
de la joya el robador;
ven, ven, le dije, traidor,
y mi puesto ocupa; y él
medroso palidecia.
(*Mirando á Alfonso*)
De mí la vista apartaba
porque de su accion impía
el remordimiento heria
su corazon, y temblaba!
Tiembla que mi lábio aun mudo
del Rey te entregue á las sañas!
espera! ven, ya no dudo!
sufre el torcedor agudo
que desgarra mis entrañas!
y al arrancar los dolores
su nombre al lábio, circuido
de brillantes resplandores,
vi un angel.. angel caido
del cielo de mis amores!
siempre el querubin delante
de aquella sombra horrorosa,
era su escudo constante,
acariciándole amante
bajo sus alas de rosa.
Deja, querube, que diga
su nombre! nada á él me liga
ni á tí; rompiste los lazos!
huid! ó hareis que mis brazos

os ahoguen .. y que os maldiga!
angel! huye!! y se alejaba;
pero amorosa tornaba
ánte la sombra, y gemia,
y cuando cruel le queria
maldecir... le acariciaba!
no temas que yo inclemente
rebele su nombre, ah, no!
decia; mas solamente
delirios son de la mente
que nadie comprende.

PEROSA. (Yo!)

JUAN. (*Aparte los dos.*)
Preguntadle vos: asi
tal vez...

PEROSA. Inútil intento!

JUAN. Por qué?

PEROSA. (Sospecha de mí?...)
No declaró en el tormento
y ha de declarar aquí?
(*A Samuel.*)
Y el nombre!...

SAMUEL. No sé; ademas
fuera venganza horrorosa.
Ni vos lo hicierais...

PEROSA. (*Friamente.*) Quizás...

SAMUEL. Oh! sí, hay cosas que jamás
las comprendisteis, Perosa.
Yo amarrarle á ese tormento!

PEROSA. Y al tormento no os trajo él.

SAMUEL. Verdugo!...

PEROSA. El lo fué sangriento.

SAMUEL. Dios le dió otro mas cruel,
Perosa, el remordimiento.
Si padre tuviera...

PEROSA. Y vos,
hija no teneis?

SAMUEL. Herir
dos almas!

PEROSA. No hirió él á dos?

SAMUEL. Tigre, me harás descubrir!

PEROSA. Hablad! (*Friamente.*)

SAMUEL. Perdoneme Dios!
vamos. (*A Juan Diente y al arquero.*)

PEROSA. Conducidle.

SAMUEL. Adios!
(*A Alfonso con intencion.*)
PEROSA. Vuestro labio al fin no nombra?...
SAMUEL. Ya hubo un martir, no habrá dos.
(*Desde la puerta.*)
PEROSA. Que os salve aquel ángel.
SAMUEL. Vos
rogad que olvide á la sombra.
(*Váse sostenido por Juan Diente y el Vallestero.*)

ESCENA V.

PEROSA *y* ALFONSO.

PEROSA. Te ha conmovido quizas?...
(*Mirándole fijamente.*)
ALF. Pues quien habrá, padre mio,
que de su destino impio
no se duela? Basta ya
de rigor! hoy á su suerte
sucumbe el mísero anciano
sino hay piadosa una mano
que le salve de la muerte.
Calmad al Rey; ya sañudo
harto se vengó, señor!
PEROSA. Ha sido á su Rey traidor
y yo á traidores no escudo.
ALF. Los mas leales, su malicia
convertir suele en traidores;
siempre vengar en rencores
á nombre de la justicia.
Gozais en su mal tambien?
PEROSA. Yo! (*Con desden.*)
ALF. No habrá algun medio?
PEROSA. Cual! (*Con indiferencia.*)
ALF. Tantos medios para el mal
y tan pocos para el bien!
PEROSA. Faltar de noble á la ley!
á un traidor vá á castigar,
y el castigo he de evitar
haciendo traicion al Rey!
Leal soy á la fé jurada.
Dichoso el que libremente

obra segun lo que siente!
Mas quien su fé tiene dada,
siempre dócil, resignado,
solamente, no te asombre!
es un brazo mas del hombre
á quien lealtad ha jurado.
En su clemencia ó enojos,
solo obedecer le toca,
y habla solo por su boca,
y solo vé por sus ojos.
Apenas bajo el dintel
la planta del amo suena,
va á sus pies, y la cadena
lame sumiso el lebrel.
Si la presa le señala,
se lanza á ella valeroso:
le castiga, y cariñoso
rastreando su queja exhala:
así yo, mi aliento bravo
domando, el lebrel he sido;
ni una queja, atento el oido
del Rey á la voz, su esclavo!
Debo ceder... por que no?
á tu piadoso capricho!
y aun pudiendo, quien te ha dicho
que quiera salvarle yo!

ALF. Pues vuestro rigor me obliga
á que con franqueza os hable,
sabreis quien es el culpable.

PEROSA. No, jamás tu labio diga...
(*Conteniéndole.*)
convertirse en delator...
á él le toca solamente.

ALF. Es que le teneis presente!
es vuestro hijo:

PEROSA. (*Con aparente sorpresa.*)
Tú el traidor!

ALF. Yo, que apenas he sabido
que preso estaba Samuel,
resuelto á morir por él
á descubrirme he venido.
Y si el Rey sus iras fieras
no aplaca, á su tribunal
acudirá el criminal.

PEROSA. Puedes hacer lo que quieras.

ALF. Si haré, porque yo le mato
si al punto no me presento,
y vil, cobarde, consiento
ese frio asesinato:
y asi al punto... (*Hace que se vá.*)
PEROSA. Donde vas?
ALF. Al Rey me presentaré
y á Samuel libertaré.
PEROSA. No, nada conseguirás.
Corre, si asi á tu conciencia
libras de un peso terrible;
mas te advierto que imposible
es rebocar su sentencia.
Y para correr así
á morir, con tal empeño,
eres por ventura dueño,
de tu vida, Alfonso, dí?
La que tierna á tus amores,
perdiendo por ti la calma,
te dió en holocausto el alma
con la fé de sus mayores...
ALF. (*Asombrado.*)
Qué decís?
PEROSA. Y quién la escuda,
si ese inútil sacrificio,
la deja con tu suplicio
á la vez, huérfana y viuda?
ALF. Pero como saber puede!..
PEROSA. Yo no sé como, ó por donde,
á mí, nada se me esconde
de todo lo que sucede.
ALF. Si alguno me vendió infiel!
PEROSA. No! dicen que soy el diablo,
ó que por lo menos hablo
algunas veces con él.
ALF. Pero comprender no puedo...
PEROSA. La conociste aun muy niño,
qué mucho? creció el cariño,
y Samuel partió á Toledo.
ALF. Razon mas para que intente
salvarle: obligado estoy,
porque él padece, y yo soy
el único delincuente.
PEROSA. Cierto! su inocencia es clara;
y si hubiera por ventura

(*Con intencion mirándole fijamente.*)
algun medio...

ALF. (*Con vehemencia.*) Cuál?

PEROSA. Locura!

ALF. No hay prueba que no intentára:
ni una hora mas, ni un momento
su martirio sufriria.

PEROSA. (*Como si habláse con sigo mismo.*)
Y con él se perdería.

ALF. Y me perdiera contento.

PEROSA. Insensato! esa inquietud
doma! la pasion te ofusca.

ALF. (*Con pasion.*) Es natural!

PEROSA. Sí! quién busca
prudencia en la juventud!
no pienses en eso.

ALF. Pues?

PEROSA. Que, aunque hubiese declarado
le mate, el Rey me ha mandado;
y por lo tanto, ya ves!
para él no hay ya redencion...
abandónale á su suerte.

ALF. Yo consentir en su muerte!
(Ay! no tiene corazon!
me engañé cuando creia
hallar en él...)

PEROSA. De otro modo,
que logras?

ALF. Piérdase todo!

PEROSA. Y esa infeliz? Y Maria?

ALF. (*Aterrado.*)
Pobre viejo!

PEROSA. El carcelero
un tósigo le dará...

ALF. Que vos preparasteis! (ah!
que idea! .. si , si!... qué espero?
(*Háce que se vá.*)

PEROSA. Te vas!

ALF. Señor! Guárdeos Dios.

PEROSA. Alfonso!... Tu ardor modera,
porque sino... pronto hubiera
en vez de un cadáver, dos!
(*Vásc Alfonso por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

PEROSA. GARCIA *y despues* LIA, *ambos por el foro.*

GAR. La hija de Samuel, que allí
está, quiere hablaros.
PEROSA. Dila
que entre.
GAR. No pudo intranquila
aguardar, y... vedla aquí.
PEROSA. (*Saludándola.*)
Lia...
LIA. Y mi padre! por Dios!
dejádme un instante hablarle:
que al menos pueda abrazarle!
eso es fácil para vos!
bajo vuestra guarda está;
acaso al dolor sucumba,
y antes que baje á la tumba
(*Llorándo*)
quiero verle.
PEROSA. El Rey quizá!
LIA. Oh! perdonad! olvidé
que con vos hablando estaba
y que á una roca imploraba.
Es inútil, ya lo sé.
PEROSA. La razon no encuentro yo
para que me hebleis así:
sino os he dicho que sí,
tampoco os dije que no.
LIA. Será posible! un momento
podré verle!...
PEROSA. Nada el Rey
mandó en contra, y á su ley
no falto.
LIA. Luego...
PEROSA. Consiento.
Vuestro padre, quebrantado
se halla en estremo, señora!
volved, pasada una hora,
y le hablareis.
LIA. Dios sea loado!

Gracias! la razon respeto
que ahora impide. pero os vais?

PEROSA. (*Yéndose.*)
Volved luego.

LIA. Lo jurais?
Le veré?

PEROSA. Yo os lo prometo. (*Váse.*)

ESCENA VII.

LIA *y* GARCIA.

LIA. Padre! Padre infeliz! Quizás hoy muera!
negro temor, que el corazon me oprime!

GAR. Hazaña digna de don Pedro fuera!
mas no puedo pensar...

LIA. Y cuando, dime,
cuando abandona la feroz pantera
la débil presa que en sus garras gime?

GAR. Ah! Llorais! (*Enternecido.*)

LIA. Es mi llanto, abrasadora
lava, de este volcan que me debora!
Feliz si la razon me abandonara!
Padre del corazon! quien te dijera
que tu mancilla y tu dolor causara
la que tu orgullo, y tus delicias era!
De tu dicha enturbió la fuente clara
mi mano criminal, y el alma artera
á los verdugos entregó tu vida...
Dios te maldice! tiembla parricida!
cébate en mí, roedor remordimiento,
y de aquel infeliz, que tanto adoro
ven á vengar el bárbaro tormento;
no pienses, Dios, que tu piedad imploro!
quiero sentir aun mas de lo que siento;
quiero llorar aun mas de lo que lloro,
y á torrentes verter en mi quebranto
sangre del corazon, en vez de llanto.

GAR. Estais severa por demas, señora;
tanto os culpais...

LIA. Ignoras lo que pierdo!
ya de la espiacion llegó la hora,
oh! ya no mas de su dolor me acuerdo!

De mi pasion la llama abrasadora,
solo en el alma alumbrará un recuerdo:
Alfonso! aun dudas? corazon cobarde!
Quien se enamora niño, olvida tarde!
Cumpliré mi deber! padre, no creas
que por mi amor olvide tu quebranto!
que dirás, corazon, cuando le veas!
con desden tratarás al que amas tanto!
lejos huirás de lo que mas deseas!

GAR. Aquí Alfonso se acerca.

LIA. Cielo santo!
dame valor! García, tambien llora!

GAR. Qué, yo no tengo corazon, señora!

ESCENA VIII.

LIA. ALFONSO. GARCIA.

ALF. Lia! tu aquí! *(Corriendo á ella.)*

LIA. Detente! aparta!

ALF. Cielo!
merezco su desden! niegas tus brazos.
á quien te brinda amores y consuelo!

LIA. Rotos estan de nuestro amor los lazos.

ALF. No!

LIA. Si! que cubre del delito el velo
la imagen de ese amor rota en pedazos.

ALF. No! que ahora vengo á consolarte, Lia.

LIA. No hay ya consuelo para el alma mia.

ALF. (Debo ocultarla, sí! si la dijera...
y ella imprudente...)

LIA. Pero como puedo
de mi padre escuchar la voz severa!
Mirar su rostro! lágrimas, no miedo
me pide su dolor! Ah si él muriera!
(Mirando á Alfonso con enojo.)

ALF. Para ti nada soy.

LIA Sí, mas te vedo
que me recuerdes...

ALF. Ah!

LIA. Sella tu labio,
cada acento de amor fuera un agravio.

ALF. Escucha! Procurando generoso

dar mi sangre por él, hice, severo,
cuanto cumple al amor del tierno esposo,
cuanto cumple al honor del caballero.
Yo á descubrirme vine presuroso;
pero era en vano el sacrificio fiero.
El Rey...

LIA. No acabes! su rencor insano
la muerte decretó del triste anciano.

ALF. No temas, no, se salvará.

LIA. Salvarle!
Quien!

ALF. Yo.

LIA. Ilusiones! de engañarme tratas:
quien su presa al leon podrá arrancarle?

ALF. Yo.

LIA. Y un momento el revelar dilatas!
habla.

ALF. Hay un medio.

LIA. Dí.

ALF. Mas revelarle
no debo.

LIA. Vé cruel que asi me matas!

ALF. Deja ahora este lugar; lo sabrás luego.

LIA. Pronto, dí, te lo mando! te lo ruego!

ALF. De entre los pomos que mi padre tiene,
ahora escojí benéfico, un beleño:
para Samuel un tósigo previene
y yo le trocaré: profundo sueño
que de la muerte con la faz conviene
yerto le postrará; del cuerpo dueño
presto seré, y en plácidos abrazos
le verás despertar entre tus brazos.

LIA. Gracias, Dios mio!

ALF. Aléjate al instante.

LIA. Con menos pena le veré.

ALF. Te ruego,
que ante él prudente..

LIA. De mi pecho amante
recibe el galardon. (*Se abrazan.*)

GAR. (Yo sordo y ciego.)

LIA. Pero seguro estáis?...

ALF. A la inconstante
fortuna venceremos.

LIA. Si me entrego
á esa dulce ilusion y..

GAR. La hora avanza.
LIA. Ay! la vida me vuelve esa esperanza!

ESCENA IX.

ALFONSO *y* GARCIA.

ALF. Aqui el narcótico está!
de que medio nos valdremos?...
como le sustituiremos
al veneno? no hay quizá.
(*Reflexiona.*)
otro medio, aunque imprudente ..
Si, la empresa es arriesgada...
GAR. Cual?
ALF. El comprar la probada
fidelidad de Juan Diente.
GAR. Por mi vida no daria
un ardite, si pendiera
de los labios de esa fiera.
Quien de pícaros se fia!...
ALF. ¿Por qué es fiel al Rey?
GAR. Lo ignoro.
ALF. Miedo? afecto á su persona?
su voluntad se aprisiona
solo en las redes del oro.
Y es el oro, segun quien
lo usa, instrumento cabal
para el mal, de todo mal;
para el bien, de todo bien.
Oro le daré á porfia
y él sin duda callará.
GAR. Y él sin duda os venderá:
quien de pícaros se fia?
tantos ejemplos se ven!
al que es pícaro cabal
mas le place hacer un mal
gratis, que por oro un bien.
ALF. No hay otro medio; él á nada
se espone, y suele un momento
tentar un buen sentimiento
al alma mas depravada.
GAR. Cuando la hiena inclemente

sangre se hartó de verter!
cuando dejó de morder
la ponzoñosa serpiente!
Como la tierra en sus senos
flores y abrojos crió,
al mundo el Criador lanzó
hombres malos, y hombres buenos;
y al malo en vano se quiere
corregir; serlo le place.
Y aquel que pícaro nace,
pícaro, y pícaro muere.

ALF. No me queda otro camino.

GAR. Cierto.

ALF. Luego á mi conciencia
le pesára... es imprudencia;
pero...

GAR. Vedle.

ALF. A tiempo vino.

GAR. Voyme, y...

ALF. La esperanza mia
poner en este malvado!

GAR. Obrar debe con cuidado
quien de pícaros se fia. (*Váse.*)

ESCENA X.

ALFONSO, JUAN DIENTE.

ALF. Hay que hacer? triste faena
te ocupa aqui sin cesar.

JUAN. Segun se quiera mirar
ni es muy mala ni muy buena:
propinas hay no muy largas,
y riesgos; mas me acomodo
á este oficio, por que todo
tiene horas dulces y amargas.

ALF. Contento estás?

JUAN. Resignado!
este es mi sino, corriente!
nunca á gusto entre esta gente
puede hallarse un hombre honrado.

ALF. (Oh! sí!) A quién no causa pena
el pobre que jime aqui?

JUAN. El pobre, que es pobre, sí,
que quien trae la bolsa llena ..
goza privilegios... pues!
para el pobre todo es ceño;
el rico al fin... es pequeño,
la carcel, un mundo es.
En todo, este sitio horrendo
al mundo está retratando:
que si en él todos llorando,
aqui entran todos gimiendo.
Con los dias de bonanza
que pasaron, se está alli
soñando; lo mismo aquí:
se halla una viva esperanza,
juega con el hombre incierta
y hasta morir la mantiene,
aqui tambien le entretiene. .
hasta que toma la puerta:
si allí despiden llorando
al que contemplan morir,
cuando á uno aqui ven salir
le despiden sollozando.
No porque á la pena cedan,
en esto no es como allá;
no lloran porque se va
sino porque ellos se quedan.
Todos inocentes son
como alli todos honrados:
gallean los mas osados
y va el prudente al rincon.
Ya el uno canta á la reja,
ya airado blasfema el otro,
ya aquel exhala en el potro
la desgarradora queja;
y cansados de penar,
á unos les dá por gemir
y á otros les dá por reir
y á otros le dá por rabiar.
Y rey siendo mi alvedrío,
ya risueño. ya iracundo,
el diablo soy de este mundo
donde de todos me rio.

ALF. Y en tu mundo, ó purgatorio,
del todo contento estas?

JUAN. Resignado, y nada mas.

ALF. Oh! el provecho!...
JUAN. Es ilusorio
casi, y ahora, asi... tal cual;
apenas se da tormento,
algun envenenamiento...
y... pche! el oficio anda mal.
Y eso que el Rey no es muy blando.
ALF. De suerte que si quisieras
muy pronto te enriquecieras
facilmente.
JUAN. Estais soñando!
ALF. Presos guardas que tendrán
tesoros y..
JUAN. Ya comprendo!
al Rey mi señor haciendo
traicion, (si traerá algun plan.)
Oh! nunca! libreme Dios.
ALF. Yéndote del reino...
JUAN. Oh, sí!
Os chanceais... voyme de aqui,
sino os hago falta á vos.
Bien sabeis que nada valgo;
que yo tan solo se ahorcar,
dar tormento y azotar:
si quereis que os sirva en algo?
ALF. Gracias.
JUAN. Veo que tratasteis
de sondearme: adios.
ALF. Se va!
JUAN. (*Aparte.*)
Algo trae. (*Yéndose.*)
ALF. No debo ya
retardar.
JUAN. Os engañasteis.
(*Váse despacio y vuelve cuando lo marca el diálogo.*
(á que me llama!)
ALF. Juan Diente?
JUAN. (No dije?...) mandad. señor.
ALF. Si te pidiera un favor...
JUAN. Segun... pero francamente
podeis decir sin reparo;
que conforme opine yo,
os diré que si, ó que no:
con que al grano y hablad claro.

ALF. Ves? (*Le enseña un bolsillo.*)
JUAN. Buen principio! seguid.
ALF. Pero ante todo te advierto
que si hablas...
JUAN. Me cuente muerto.
ALF. Convengas, ó no...
JUAN. Decid.
ALF. Un narcótico este pomo
contiene.
JUAN. Y bien?...
ALF. En lugar
del veneno que has de dar
á Samuel...
JUAN. Ya! pero cómo?...
que le sustituya?...
ALF. Eso es.
JUAN. Pero...
ALF. Tus dudas acierto:
queda en la apariencia muerto,
y tú me entregas despues
ya fuera de aqui, el fingido
cadáver.
JUAN. Quereis salvar?...
ALF. Claro es.
JUAN. (Le voy á engañar
y asi gano...) Convenido.
ALF. Despues, otro igual.
(*Señala al bolsillo.*)
JUAN. Señor!
ALF. Silencio. ó... (*Señala el puñal.*)
JUAN. Quien duda?
ALF. Ten.
(*Dále el bolsillo.*)
JUAN. A hablar comenzasteis bien
pero acabasteis mejor.

ESCENA XI.

ALFONSO. JUAN DIENTE. PEROSA.

PEROSA. Juan Diente, el Rey enojado,
al ver que tenaz esconde
Samuel la joya, ó no dice

de quien se la hurtara el nombre,
ha resuelto...

JUAN. Yá.

PEROSA. Que muera.

JUAN. Envenenado!
(*Perosa afirma con la cabeza.*)

PEROSA. Y es órden
que hoy mismo debe cumplirse.

ALF. (*Aparte á Juan.*)
No pierdas la ocasion.

JUAN. Corre
todo de mi cuenta.
(*Idem á Alfonso.*)

ALF. Al cabo
el triste Samuel...
(*A Perosa á media voz.*)

PEROSA. Sí, el pobre...
(*Idem á Alfonso.*)

ALF. Nada del Rey conseguísteis.

PEROSA. (*Alto.*)
Yo no abogo por traidores.

JUAN. (*Aparte á Perosa.*)
Tengo que hablaros á solas.
(*Perosa hace una señal á Alfonso para que se retire.*)

ALF. Guárdeos Dios. (*Váse.*)

PEROSA. Nadie nos oye.
(*Despues de asomarse á las puertas.*)

ESCENA XII.

PEROSA. JUAN DIENTE, *despues* GARCIA *á la puerta.*

JUAN. Señor, años ha que al Rey
sirvo fiel, y mis acciones
se hallaron siempre en un todo
á su voluntad conformes:
y por grandes que ellas fuesen
nunca para mi razones
hubo que torcer pudieran
(*Sale Garcia.*)
esta lealtad, que es mi norte.

PEROSA. Preámbulos deja, y...

GAR. (Que escucho?)
JUAN. Quizá estas palabras sobren;
mas justificar queria...
PEROSA. Acaba.
JUAN. Quizá os enoje...
GAR. (No dije! canta de plano;
hay mayor par de bribones!)
PEROSA. Y bien?
JUAN. Vuestro hijo me ha dado
este bolsillo.
PEROSA. Y qué?
JUAN. Esconde
mucho oro.
PEROSA. Y tan mal te viene?
JUAN. En saber las condiciones
con que me lo dió, podeis
celebrar el que lo tome.
PEROSA. Cómo!
JUAN. Que sustituyera
un narcótico, mandome,
al veneno que me dieran
para Samuel.
GAR. (Izcariote!)
PEROSA. Si hacerle traicion pensabas,
por qué, consentiste entonces?
JUAN. Quise descubrir sus planes.
PEROSA. Sí, guárdate los doblones. (*Aparte.*)
Asi, agradecido, el Rey
premia al que le sirve noble.
(*Dá la una bolsa.*)
GAR. (Otra bolsa! á dos carrillos
siempre los pícaros comen!)
JUAN. Este es el pomo.
PEROSA. (*Examinándole.*) Qué miro!
cosas de mi hijo! es un zote!
JUAN. Qué decis?
PEROSA. Desde pequeño
demostró ya sus precoces
torpezas! castigar quiso
Dios á un tiempo dos traiciones,
JUAN. Cómo!
PEROSA. Apenas de la ciencia
los rudimentos conoce,
y equivocado, un veneno
tomó de los mas atroces:

Como que no hay contra-yerba
que lo cure! no le toques
sin precaucion! no lo estraño,
si mi hijo siempre fué torpe!
Bien hice en que otra carrera
siguiese, que al dar mandobles
no es fácil que al enemigo
con los suyos equivoque.
Mas siendo doctor, pudiera
con semejantes errores,
en un dia de fortuna,
enterrar toda la corte!

JUAN. Y tan activo es el tósigo!

PEROSA. Quizá á quien darlo te sobre
y querrás saber... ya dije
que causa tales dolores
que al mas cruel enemigo
no se le diera.

JUAN. Asaltome
una idea!

PEROSA. Como tuya,
infernal!

JUAN. Si estais conforme
con ella, ganar podria
ambos bolsillos, como hombre
honrado.

PEROSA. (Ya!)... Di.

JUAN. El Rey quiere
que un tósigo Samuel tome,
y me ha mandado vuestro hijo
que esto le dé: Yo obro noble
con ambos, y no tendrán
queja alguna de mi porte,
pues se lo doy, él lo toma,
y se muere, y buenas noches.

PEROSA. Brava ocurrencia! Já! Já!

JUAN. No hay nada que no se logre
con el injenio!

PEROSA. Me place.
Me dirás en donde pones
el cadáver.

JUAN. Está bien.

GAR. (Infames!)
(*Vá á retirarse y tropieza.*)

PEROSA. Eh?...

JUAN. Quien nos oye?
PEROSA. Aqui Garcia?
GAR. Sí, el mismo!
que hace tiempo que os conoce,
y al descubrir no se admira
tan pérfidos corazones!
PEROSA. Como se atreve!... al instante
á ese estudiantillo, ponme,
para que avisar no pueda,
en la prision de la torre.
JUAN. Poco habitarás en ella.
(*Aparte á García.*)
GAR. (Quien se fia de traidores!)
PEROSA. La sentencia ha de cumplirse
al punto.
JUAN. (*Váse con García.*) Que por el doblen.

ESCENA XIII.

PEROSA, FORTUN *y luego* LIA.

FORTUN. La llave de aquella puerta...
(*Acercándose á Perosa con misterio.*)
PEROSA. Buen Fortun... hay nuevas órdenes.
FORTUN. No la quereis?
PEROSA. No hace falta:
vete y avisa á esa jóven..
FORTUN. No hay para qué...
(*Señalándolé á Lia que aparece y se queda á la puerta con timidez.*)
PEROSA. Bien: despeja,
y para marchar disponte.
(*Váse Fortun.*)
LIA. Es tiempo ya?
(*Acercándose.*)
PEROSA. Voy, señora:
pero, Dios me lo perdone!
Yo consentir no debia...
LIA. Si, si!.. (*Con vehemencia.*)
PEROSA. Ya lo veis! soy dócil.
LIA. Gracias, señor.
PEROSA. Procurad
que á vuestro rostro no asome

ningun recelo...

LIA. Comprendo.

PEROSA. A qué aumentar sus dolores?

LIA. Cierto!

PEROSA. Le vereis, al punto:
esperadle aqui.

ESCENA XIV.

LIA, *sola.*

LIA. Veloces
pasad, horas de agonia!
y Alfonso, donde está, donde?
Me deja sola! me deja,
entregada á mis temores!
Oh, Dios! sin esta esperanza
que mi alma sedienta absorve,
como pudiera?.. Ay! él es!
(*Mirando adentro.*)
Corazon! no me abandones.
(*Separándose á un lado, de modo que no pueda verla Samuel.*)

ESCENA XV.

PEROSA, SAMUEL, LIA, JUAN DIENTE, *á un lado.*

SAMUEL. Las gracias os doy, Perosa,
por el calmante; he sentido
tanto alivio!

LIA. (Que angustiosa
situacion!)

SAMUEL. Idea horrorosa!
otra vez me habeis traido
al tormento!

PEROSA. No.

LIA. Ay de mi!

PEROSA. Os traje, haciendoos favor,
y asi agradeceis...

SAMUEL. (*Irónicamente.*) Oh! si!...

PEROSA. Hablaros quieren, y aqui
sin duda estareis mejor.
Vereis desde este parage
del Betis la trasparencia,
que cual serpiente de encaje
bordando va ese paisage
rico en colores y esencia.
(*Se sienta Samuel sin ver á Lia.*)

SAMUEL. Esos campos de alegría
no vé quien perdió la calma,
pues todo su pena impía
lo viste con la sombría
nube en que se envuelve el alma.

JUAN. (*A Perosa, por Lia.*)
No se acerca.

LIA. Temo su ira.

SAMUEL. En que encontrará hermosura
quien desgarrado suspira,
si todo al través lo mira
de su llanto y amargura!
Que habrá que no te atormente
corazon! deja esta vida:
si es triste, horrible el presente,
algo se hallará en mi mente
que no rasgue mas tu herida?
Feliz, si alli hubiera muerto!
nada hay que á tu paz le cuadre:
que es para tí, tronco yerto,
la vida, el mundo! un desierto!
qué esperas? la muerte! (*Con alegria.*)

LIA. (*Se habrá ido acercando medrosa hasta arrodillarse á su lado.*)
Padre!

SAMUEL. Mi hija! aparta! (*Al abrazarla la rechaza.*)

JUAN. (*A Perosa.*) Al fin judío!
que razon tendrá?...

PEROSA. No acierto...

SAMUEL. Un tiempo te adoró, impío
le hirió tu brazo!

LIA. Dios mio!

SAMUEL. Para tí, tu padre ha muerto!
¿Qué tu lábio contestara
si á pedir cuenta viniera
de tu fé y su honor; te odiara,
ó quizá te despreciara,

ó tal vez te maldijera?
por un halago mundano
entregó su fé á un cristiano,
y por Satanás tentada
á un verdugo, despiadada
entregó á su padre anciano.

LIA. Padre!!

SAMUEL. Aparta!

JUAN. Qué rigor!

SAMUEL. Mi hija! no, nunca lo fué
la que asi faltó á su honor,
y de su padre al amor,
y de su Dios á la fé.
Dios en el alma atesora
dos religiones, con la una
la paz del cielo se implora,
y aqui con la otra se adora
al que nos meció en la cuna.
Tu alma de culpas avara,
perjura arrancó las dos;
qué mucho que cruel obrara
y asi á su padre olvidara
quien se olvidó de su Dios!

LIA. Perdona al arrepentido,
Dios, que lée en el corazon:
si en él hubierais leido
cuánto os amo, enternecido
me otorgarais el perdon.
Que falté á mi ley! yo sé
tan solo que ciega amé;
si falté á su religion,
(*Mirando al cielo.*)
¿por qué me dió un corazon
con mas ternura que fé!
Ramas de la misma palma,
Dios al hombre darle quiso,
tierna compañera, otra alma
en la deleitosa calma
del encantado paraiso.
Y la dijo: para él sé
lo que es al árbol la rama
y su fé, será tu fé;
y al hombre le dijo, cree!
y dijo á la muger, ama!
Tu albedrío, tu hermosura

suyas serán, su dolor,
calme, endulce tu ternura:
será tu fé su ventura
tu religion el amor!

SAMUEL. Tus culpas, cómo borrarlas!

LIA. Y un padre podrá vengarlas?
mi amor sabrá redimirlas!

SAMUEL. Y la pena de sentirlas?

LIA. Y el placer de perdonarlas?
No aparteis de mí los ojos.

SAMUEL. Fuiste por demas ingrata.

LIA. Volvedlos! vedme de hinojos.
llorais?

SAMUEL. Yo... no!

LIA. Ah, sí!

SAMUEL. Es de enojos!
Es... que la pena me mata!

LIA. Sí, llorais y vuestro llanto,
es de ternura y quizás.

SAMUEL. Huye! de verte me espanto!

PEROSA. (*Interponiéndose.*)
Tarde es, si el Rey llega en tanto.

SAMUEL. (*Con ternura*)
Dejadla un instante mas.

LIA. Si, mi pena os condolió,
felices aun otra vez
digna de vos, me haré yo.

SAMUEL. Felices!. Ah!

LIA. Por qué no?
sol de esa fria vejez,
junto á vos, en oracion
siempre, seré vuestro encanto
como antes; Ah! no mas llanto.
(*Enjuga los ojos de Samuel.*)

SAMUEL. Hija de mi corazon!
recibe mi!... Cielo Santo!
(*Al abrazarla se detiene asaltado por los síntomas del tósigo.*)

JUAN. Comenzó á obrar el veneno.
(*A Perosa.*)

SAMUEL. Siento aqui...

LIA. (Si le pudiera
decir... todo se perdiera!)

SAMUEL.. Su rostro de gozo lleno..
(*Mirando á Perosa,*)

el rostro de la pantera
no tuvo el Rey compasion!

LIA. (Salvarle habremos logrado!)

SAMUEL. La frente y el corazon
se abrasan: sí, tigres son!
hija! me han envenenado!

LIA. Ah! (*No puede reprimir el gozo creyendo en el engaño de Perosa y Diente*)

SAMUEL. Pero lo oyes! de pena
ninguna señal se advierte
en su rostro! está serena!
Oh! la traidora sirena
se está gozando en mi muerte!

LIA. Pensais...

SAMUEL. Del triunfo se engrien!

LIA. (Gran Dios que no desconfien)

JUAN. (Cree que se salva. y se alegra.)

LIA. (Creen que se muere y sonrien.)

PEROSA. (Alma cándida!)

LIA. (Alma negra!)

SAMUEL. Reid! vuestro hipócrita llanto
me ofendiera mas.

LIA. (Dios Santo!
si torpe Alfonso.. idea horrible!
Ah! no, no! no! es imposible
se que no muere, y me espanto!)

SAMUEL. Reid, si! que un dia vendrá
en que el cruel remordimento
mi sombra os retratará!
riendo, como en el tormento:
como rio ahora já! já!!
risa de dolor, que apenas
os deje un instante en calma;
ella vengará mis penas,
que el veneno de mis venas
irá á emponzoñar vuestra alma,
como yo os maldecirá
Dios: vuestra risa prefiero!
riamos todos, Já, Já! Já!!

LIA. Padre!

SAMUEL. Acércate, ven!

LIA. Ah!

SAMUEL. Yo en nombre de Dios te... ay muero!
(*Cae.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una cabaña de pescadores á orillas del Guadalquivir. En el fondo, á la derecha del espectador, una puerta que dá salida al campo, y cerca de ella, una hoguera. En el mismo lado y cerca del proscenio, puerta que comunica con una habitacion interior. A la izquierda, un lecho de regular apariencia, con colgaduras, en el que está acostado Samuel. Al levantarse el telon, Lia estará junto al lecho contemplando á su padre: Alfonso y Juan Diente, á la puerta del fondo.

ESCENA I.

LIA. ALFONSO. JUAN DIENTE.

JUAN. (*Hablando adentro.*) Nada mas: id en buen hora.
ALF. En fin...
JUAN. Todo está corriente.
He despachado á esos hombres,
porque no es bueno que observen...

ALF. Nada han conocido?
JUAN. (*Bajan al proscenio.*) Nada.
LIA. Quién sospechará que duerme,
contemplando ese semblante
donde se pinta la muerte!
ALF. María!
LIA. Helado, insensible
como de mármol, parece.
ALF. Esperemos.
JUAN. Nada ya
vuestro corazon recele.
Antes que amanezca el dia,
de mi lealtad, evidentes
pruebas tendreis.
LIA. (*Separándose del lecho.*) Cuánto! cuánto
mi felicidad os debe!
Y le calumnian! (*Dirijiéndose á Alfonso.*)
JUAN. La fama
supone, y hay quien lo crée,
que tengo el alma insensible:
ya lo veis; la fama miente.
LIA. Miente! y aunque cierta sea,
en este trance solemne,
vuestra piedad generosa
de lo pasado os absuelve.
Esta infeliz, pobre ya,
con nada pagaros puede;
pero Dios, que todo es gracia,
cual lo mereceis os premie.
JUAN. (La maldicion es terrible!)
ALF. Dia vendrá en que la suerte
de perseguirnos cansada,
nuestro valor recompense,
y entonces, yo te lo juro,
cuanto tu ambicion desée...
JUAN. Para qué? no hablemos de ello.
El caso no lo merece.
ALF. Sí: tu accion es la de un noble.
JUAN. Yo cumplo con mis deberes.
ALF. Es cierto; mas si algun dia
tu propia bondad te vende:
si don Pedro...
JUAN. Es imposible
que de mi lealtad sospeche.
Y si la ingrata fortuna

me abandona, ¿qué se pierde?
Escrito está mi destino,
y venga lo que viniere.

LIA. Ya lo ves, cómo en el alma
del hombre, duermen á veces
nobles instintos, que luchan
por revelarse, impacientes.

JUAN. Si algun temor me acompaña,
no es por el Rey.

ALF. De quién temes?

JUAN. Perdonad si no os lo digo.

ALF. La causa?

JUAN. Hay cosas que ofenden.

ALF. Mi padre!

JUAN. No sé qué es ello;
pero es la verdad, que siempre
de aquella mirada torva
la viva luz me estremece.
Y á fé que este corazon
no es tan blando que se pliegue
al temor; pero es en vano
que se fatigue rebelde.
No os lo quisiera decir;
pero aquellos ojos tienen
mas que la espresion humana
la atraccion de la serpiente.

ALF. Basta, Juan: harto conozco
esa verdad; mas ¿qué quieres?
Le respeto como á padre...

JUAN. Por Dios que no se os parece.

ALF. Su amor al Rey, las bondades
conque don Pedro le atiende,
son causa de que le tenga
aprisionado en sus redes.
Quién resiste al incentivo
de ese esplendor refulgente,
mas peligroso, que brilla
en derredor de los reyes?

JUAN. Que si es verdad? eso mismo
digo yo: don Pedro es fuerte,
y luchar con él...

ALF. Seria
locura.

JUAN. Fuera esponerse,
y por la misma razon,

para que nadie recele
de mí, vuélvome á palacio.

LIA. Tan presto?

JUAN. Bueno es que os deje.
No puede tardar el dia,
y yo conozco á mi gente.
Adios.

ALF. Nunca olvidaré
tu bondad.

JUAN. Es cosa leve.

LIA. La bendicion de dos almas
te seguirá eternamente.

JUAN (Me holgara de merecerla!...
Pero en fin, mi oficio es este.)

ESCENA II.

ALFONSO. LIA. SAMUEL.

LIA. Alfonso, ¡cuán feliz soy!
ese hombre no es un malvado.

ALF. Estás tranquila?

LIA. Lo estoy.
Ya crédito y fé le doy
despues de haberle escuchado.
Su voz, en solo un instante,
en mí despertó la calma,
persuasiva y penetrante.
Oh! bien dicen que el semblante
es el espejo del alma.

ALF. Felíz! tambien lo sería
si una duda no turbara
mi tranquilidad, María!

LIA. Dudas?...

ALF. De la estrella mia
siempre de mi bien avara.

LIA. Qué es lo que temes?

ALF. Quizá
tu padre, enojado y ciego
nuestro amor maldecirá:
acaso rechazará
tus caricias y mi ruego.

LIA. No, Alfonso! cómo es creible?

ALF. Y si resiste á tu llanto,
si nos condena inflexible?
LIA. Nunca! imposible! imposible!
no sabes?... me quiere tanto!
Y cuando en tu afecto crea,
y abrir á sus pies nos vea
de su destierro el camino...
ALF. Qué dices?
LIA. Sí: que uno sea
para los tres, el destino.
Lejos del ingrato suelo
donde ya fuera imposible
para mí, todo consuelo,
buscaremos otro cielo,
más claro, mas apacible.
Y si risueño no brilla,
con esa luz placentera
que derrama en mi Sevilla;
si recordamos la orilla
de esa frondosa ribera,
nuestro corazon ufano
gozará al menos tranquilo
donde no alcanze esa mano
que cierra á un mísero anciano
el ya acostumbrado asilo.
ALF. Y si tu ilusion te engaña?
y si olvidadas tus iras,
al mirarte en tierra estraña,
te acuerdas de nuestra España,
y al acordarte, suspiras?
Dejar la querida tierra
que los recuerdos encierra
de nuestra infancia dichosa!
LIA. Por qué no, si rigorosa
de su calor nos destierra?
ALF. Dónde hallarás el ardiente
sol, que á sus campos da vida?
dónde el amoroso ambiente
y el claro azul transparente
de su atmósfera encendida?
Qué alma habrá tan desgarrada
en quien alegre no influya
esa ciudad encantada,
al árabe conquistada,
y aun risueña como suya?

Igual búscala si quieres,
del mundo hasta en los confines;
mas donde quiera que fueres,
recordarás sus placeres,
y su cielo, y sus jardines.

LIA. Dame una pobre cabaña
donde escuche tus amores,
que ó mi corazon me engaña,
ó allí tendré yo de España
la luz, el cielo y las flores.
Allá con nuevo placer
el pasado olvidaremos,
y si esto no puede ser,
si nuestra dicha no hacemos,
haremos nuestro deber.

ALF. Espera! (*Mirando á la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

Dichos y GARCÍA, *que sale agitado.*

GAR. Os encuentro al fin!
LIA. García!
GAR. Sí.
ALF. Pero cómo?...
GAR. Esperad.
ALF. Habla.
GAR. No puedo.
ALF. Traes desencajado el rostro!
LIA. Algun pesar!
GAR. Ay, señora!
el mas horrible de todos!
LIA. Me haces temblar!
GAR. (*A Alfonso.*) No os lo dige?
ni la seduccion ni el oro
la sed calmarán de sangre
en el corazon del monstruo.
LIA. Qué dice?...
GAR. Olvidar no puedo
aquel semblante diabólico,
aquella espresion siniestra
que centellaba en sus ojos.

ALF. El carcelero...
GAR. Insensible
á la piedad y al soborno,
vuestro secreto ha vendido.
ALF. Es posible!
GAR. Sí.
LIA. Qué oigo!
(*Dirigiéndose al lecho.*)
salvémosle.
GAR. Para qué?
no vendran; de eso respondo.
ALF. No te comprendo, García!
GAR. Qué importa al tirano odioso
que le arrebaten su víctima?
ALF. Le basta con sus tesoros!
LIA. Qué importa?...
GAR. Pues bien, señora!
sabedlo .. ya que es forzoso.
El tigre soltó su presa,
es verdad, sí! pero solo
cuando en sus garras quedó
helado, insensible el tronco.
LIA. Ah!
ALF. Imposible!
GAR. El que juzgasteis
licor benigno, era un tósigo.
ALF. No! no!...
GAR. Vuestro padre mismo,
al reconocerle, absorto,
temió su contacto.
LIA. Es cierto?...
GAR. Por desdicha!
LIA. Alfonso! Alfonso!
qué has hecho?
ALF. Aborréceme,
yo me aborrezco á mí propio.
LIA. Tantas bellas esperanzas,
tantos ardientes propósitos
eran sueños! Padre mio!
ah! te vengará mi encono.
ALF. María! el dolor te ciega.
LIA. (*Con sarcasmo.*)
No es justo?
ALF. Sí, lo conozco;
mas si imaginar pudieses...

LIA. Nada sé, nada supongo.
Vive feliz: desde ahora
no turbarán tu reposo
ni las lágrimas que vierto
ni los suspiros que ahogo;
pero hay un crímen horrible
que se eleva entre nosotros,
y hoy del amor y el deber
los vínculos quedan rotos.

GAR. Señora! qué estais diciendo?
suponer engaño ó dolo
en tal corazon!...

ALF. María!

LIA. Nunca! no! no te perdono!
Dá la vida á ese cadaver;
anima el semblante torvo
de un padre, sacrificado
á tu ambicion, ó á tu antojo.
En tanto, nada me digas;
huye de mí, pronto, pronto!
que no podré aborrecerte,
si te miro y si te oigo.

ALF. (Ven, García.) (*Ap. los dos.*)

GAR. (Qué quereis
hacer?)

ALF. (Arriesgarlo todo.
Ven, y ese triste cadáver
apartemos de sus ojos.)
(*Vánse por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

LIA. SAMUEL.

LIA (*Despues de notar la ausencia de García y Alfonso.*)
Huyamos, sí! no vaciles
entre el deber y el oprobio,
corazon! muera el cariño
ahogado entre mis sollozos.
Sacrílego es ya este amor!
lánzale de tí animoso;
y si olvidarle no puedes,

recuérdale, mas con ódio,
(*Entrase por la puerta de la derecha. — Un momento despues, Samuel, separando las cortinas del lecho, baja de èl lentamente. En su fisonomía se marcará el asombro y el adormecimiento de su razon. El diálogo manifestará al actor las transiciones con que ha de volver á su completo acuerdo.*)

ESCENA V.

SAMUEL, *solo.*

SAMUEL. Prefiero vuestra risa! sí! los veo!
La voy á maldecir!... Oh! nunca! nunca!
— Dónde estoy? Es posible! quién desata
del sepulcro las frias ligaduras?
Oh! qué rumor es este, pavoroso,
que en mi cerebro acompasado zumba?
La muerte! sí, es la muerte! al desprenderse,
inquieta el alma con el cuerpo lucha! (*Pausa.*)
Pero no! y estos lazos inflexibles
que mis helados miembros descoyuntan?
y estos dolores? Ay! mi sangre toda
refluye al corazon! la vida triunfa!
— La vida! no era un sueño? esta pesada
fascinacion que mi cabeza abruma,
era un sueño no mas, ó es que deliro
y entre tinieblas mi razon fluctúa?
— Pesadilla infernal! aqui mezclados
en espantosa confusion se agrupan
mil sombras, mil recuerdos; pero inertes.
— Esta morada silenciosa, oscura!...
Dónde estoy! qué terror desconocido
con helado sudor mi frente inunda?
Oh! si llegase á mí, consoladora,
una palabra humana! solo una!
— Este horrible silencio me estremece!
(*Se dirige como instintivamente á donde está la hoguera.*)
Y ese rayo de luz que me deslumbra?...
— Huyen las sombras, sí! la luz ahuyenta
esos fantasmas de la noche muda.
(*Se sienta á la hoguera.*)

Con qué placer mi aliento se dilata!
oh! cómo hierve y rápida circula
en mis venas la sangre! cómo pasan
esas visiones de la mente, estúpidas! (*Sonriéndose.*)

ESCENA VI.

SAMUEL. LIA, *cubierta con un velo.* LIA *sale del aposento de la derecha, y atravesando el teatro se dirige al lecho, de modo que este la oculte á* SAMUEL.

LIA. Sola en el mundo! sola! por qué el cielo
prolonga de esta vida la amargura
si para mí no hay dicha ni esperanza!
Venturas para mí! las habrá nunca?
Pobre anciano! mis locos devaneos
ahondaron para tí la sepultura.
(*Notando el desórden del lecho y viéndole vacio.*)
Qué miro! Alfonso! Alfonso! desdichado!
SAMUEL. Gritos! sollozos!
LIA. De mi ausencia abusa!
SAMUEL. (*Con voz medrosa.*)
Lia!
LIA. (*Espantada.*) Dios de mis padres! ese acento...
(*Permanece por un instante inmóvil.*)
Ilusion! ilusion! todo me asusta.
Del seno de la noche, se desprenden
tristes rumores que el temor abulta.
SAMUEL. (*Levantándose, y dirigiéndose lentamente á Lia,*)
Lia!
LIA. Es posible! no! no me engañaba.
Oh! de los cielos providencia augusta!
—Corazon miserable! por qué tiemblas?
esa querida voz,.. Ay! era suya.
(*Samuel habrá llegado hasta el proscenio de modo que pueda verle su hija: esta da un grito de alborozo, y se arroja en los brazos de Samuel.*)
SAMUEL. Cuánto has tardado!
LIA. Vive!
SAMUEL. Con qué gozo
esa palabra mágica pronuncias!
LIA. Ay...! vive!

SAMUEL. Tú tambien! dime.....
LIA. García
nos ha engañado con infame astucia!
El nos vende tambien!
SAMUEL. Dime, era cierto!
esa idea fatídica, importuna...
LIA. Habrá perdido la razon!
SAMUEL. Atiende;
háblame, ven! disiparás mis dudas.
He soñado; ¿es verdad?
LIA. (Pluguiera al cielo!)
SAMUEL. Por qué tu rostro con temor me ocultas?
LIA. Padre mio!
SAMUEL. Oyeme: descarriada
en sombras mi razon, ciega y confusa,
de encontradas memorias se alimenta,
y en vano el lazo que las une, busca.
La muerte! mas primero... no! primero...
Recuerdas tú?
LIA. La carcel, la tortura!...
SAMUEL. Y por qué?
LIA. Del monarca la venganza
severa os hiere.
SAMUEL. (*Recordando.*) Mi lealtad calumnian!
Sí, si! y aquel semblante pavoroso
que en mí fijando la mirada astuta
hiela mi sangre!... Pérfido! y mi labio
del hondo vaso la ponzoña apura.
LIA. Era el licor benéfico...
SAMUEL. Es el fuego
que aun me consume aquí! mortal cicuta
que el corazon taladra, y gota á gota
candente por mis venas se rezuma.
Y luego una muger...
LIA. (Piedad, Dios mio!)
SAMUEL. Tú me recordarás... atiende! escucha!
—No eras tú, no! imposible, aunque brillaba
con todo el resplandor de tu hermosura!
Pero aquella muger, inexorable,
al contemplar mi dolorosa angustia,
de sus ojos fatídicos lanzaba
rayos de ardiente y de infernal ventura.
LIA. Es verdad! pero aquel cuya mirada
del alma vé la oscuridad profunda,
de esa muger alimentaba el gozo,

y la animó con su clemencia suma.
Ella apuró con amoroso esfuerzo
toda la hiel de vuestra saña injusta,
porque esperaba en Dios, y esta esperanza,
viéndolo estais en mí! no engaña nunca.

SAMUEL. Sí, comprendo! recuerdo!... condenado
por mi desdicha y por agena culpa...
— Alfonso! él es el que me dá la muerte!

LIA. Y tambien él os arrancó á la tumba.
El fué, señor, el que os hundió en el sueño
que de la vida la apariencia oculta...

SAMUEL. (*Conmovido.*)
Dónde está? quiero verle.

LIA. A vuestras plantas
bendiciendo su afan y su fortuna
en breve le vereis, y si de un padre
no le rechaza la inclemencia justa...

SAMUEL. Qué dices?

LIA. De ese afecto le hace digno
su noble corazon. Esposa suya,
mi existencia y mi fé le he consagrado,
y un mismo lazo nuestra suerte aduna.

SAMUEL. Y te arranca á mis brazos! y yo, solo,
abandonado quedaré sin duda!

LIA. No, jamás! nuestro amor os acompaña!
no hay ya seguridad sino en la fuga.

SAMUEL. Y eso es posible? huir!...

LIA. Ligera nave,
antes que el sol en el oriente luzca,
sus velas tenderá, y al africano
suelo, que amais, nos llevará segura.

SAMUEL. Tan grande, tan sublime sacrificio,
qué no merece?

LIA. Si el amor disculpa
yerros del corazon...

SAMUEL. Sí, sí! hija mia!
Lo quiere Dios! su voluntad se cumpla!

ESCENA VII.

Dichos, ALFONSO *y* GARCIA.

ALF. Qué miro! es cierto?...
LIA. (*Corriendo hácia él con alegría.*) Ven, si!...
(*A García.*)
Nos has mentido!
ALF. (*Empuñando la daga.*) Villano!
LIA. Alfonso! (*Deteniéndole.*)
GAR. (*Con dolor.*) Tened la mano.
Ah! conque dudais de mí!
(*Alfonso cierra precipitadamente la puerta del fondo, y se dirige á Samuel, llevando á Lia de la mano*)
ALF. No es ilusion de mis ojos,
padre! (*Sin atreverse á llegar á Samuel.*)
LIA. Qué temes? Ven, llega.
ALF. Mas si su perdon me niega...
SAMUEL. No hijos, no! basta de enojos.
Agradecido te estoy;
mas... si tanto bien me hiciste,
por la vida que me diste
cuanto yo tengo te doy.
(*Mirando á Lia.*)
ALF. Es posible! no hay ya encono,
no hay rencor en vuestro pecho...
SAMUEL. No, Alfonso! el mal que me has hecho,
en cambio del bien perdono.
Mas si debo á tu valor
tanto, que en gloriosa palma
de mi tesoro del alma
te doy la prenda mejor,
no abrevies al moribundo
viejo, de su vida el plazo,
rompiendo el único lazo
que me liga con el mundo.
LIA. (*A Alfonso.*)
Os lo ofrece! No es verdad?
SAMUEL. Dime que á mi ruego accedes.
LIA. Tú abandonarle no puedes
á su triste soledad.

ALF. No, padre mio! os lo juro.
Pues que el hado nos destierra,
con vos iré, de la tierra,
hasta el confin mas oscuro.
Hay ya en esta patria mia
donde el dolor me persigue,
ni respeto que me obligue
ni afecto que me sonria?
(*Con amargura.*)
Solo un bien debo á mi estrella,
y enamorado y cautivo
de una muger, solo vivo
cifrando mi vida en ella.

SAMUEL. Ahora la vida me das.

LIA. Ay! poseyendo ese encanto;
fué locura amarle tanto?
lo fuera el quererle aun mas?
(*Se oye llamar misteriosamente á la puerta.*)

SAMUEL. Ah!

ALF. (*Acercándose á la puerta.*)
Quién es?

PEROSA. (*Dentro.*) Perosa.

LIA. Quién!
tu padre?

SAMUEL. Sí: soy perdido.

LIA. Pronto! aqui...
(*Hace entrar á Samuel en el aposento de la derecha.*)

ALF. Nos han vendido
sin duda. (*Mirando con ojos amenazadores á García.*)

GAR. (*Con triste resignacion.*) Y soy yo tambien!

ALF. Rapaz! ay de tí si osado
á hacernos traicion te atreves!
ay de tí si el lábio mueves!
(*Le empuja hácia donde está el lecho, de modo que García queda oculto á los ojos de Perosa.*)

LIA. Tan jóven, y tan malvado!
(*Alfonso abre la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

Dichos y Perosa.

Perosa. (*Mirando á todos lados.*)
Qué es esto?
Alf. Voy á partir,
y conmigo á mi María
llevo, señor.
Perosa. Lo sabia...
(*Con dolor reconcentrado, y volviendo repentinamente á su impasibilidad.*)
y te vengo á despedir.
Alf. (*Espantado.*)
Cómo! vos..
Perosa. Pobre inocente!
no sabe mas tu cautela?
Y partis solos?
Lia. (Me hiela
esa mirada impudente!)
Perosa. Ya se ve! qué es el cariño
para tí, ni el ser, ni el nombre,
no ya del padre, del hombre
que te educó desde niño?
Nada hay por desdicha en mí
que te inspire un sentimiento
de amor, de agradecimiento!
— Respóndeme: no es asi?
Alf. (*Conmovido.*)
Señor...
Lia. (*Ap. á Alfonso.*) (No! nada reveles!)
Alf. Padre: es tal mi desventura,
tal me llenan de amargura
mis pensamientos crueles,
que nada deciros puedo,
y cuando mis lábios abra,
tal vez no halle una palabra
que no pronuncie con miedo.
No debo hablar.
Perosa. Que no debes?
Yo lo exijo, Alfonso.
Alf. Oh! no.

PEROSA. Quieres que te diga yo
lo que á esplicar no te atreves?
Pues bien: salga de una vez
este secreto escondido,
del corazon, oprimido
en la triste lobreguez.
Dime: bajo este penoso
misterio, no encuentras nada
que responda á una mirada
de tu instinto generoso?
No has hallado en tu razon
una sospecha, un indicio,
de este horrible sacrificio
que he impuesto á mi corazon?
Nada mi conducta estraña
te dice?

ALF. Sí, sí! deseo
creeros, padre, y os creo.

LIA. (*Ap. á Alfonso.*)
(Te engaña, Alfonso, te engaña!)

PEROSA. Samuel?... (*Buscándole con la vista.*)

ALF. A qué despertar
recuerdos?...

PEROSA. Dónde está? dónde?

ALF. No entiendo!

PEROSA. De mí se esconde!
— Y por qué lo he de estrañar?

ALF. (*Mirando á Lia.*)
No redobleis su amargura.

PEROSA. Mas dí, qué lugar le encierra?

ALF. Preguntádselo... á la tierra (*Confuso.*)
que cubre su sepultura.

PEROSA. Mientes!
(*Se dirige al lecho, y ve á su lado á García.*)
Qué miro! García!
Todo lo comprendo ahora!
— Y es ese imbécil... Traidora,
ingrata fortuna mia!
(*Mirando al cielo, y esclamando con horrible sarcasmo.*)
Y de mi noble intencion,
porque mas pena me cueste,
es este, cielos! es este
merecido galardon?

ALF. Qué oigo!

(*Acercándose á Perosa con muestras de interés.*)

PEROSA. El carcelero infiel
en quien fiaste indiscreto...

ALF. Qué?

PEROSA. Me vendió tu secreto.

GAR. (*Sin poder contenerse.*) Ya lo veis! el malo es él.

PEROSA. Yo he burlado su confianza:
le he engañado.

ALF. De esa suerte...

PEROSA. Era aparente esa muerte
lo mismo que mi esperanza.
(*En este momento se vé aparecer á Samuel en la puerta de la habitacion donde se habia escondido, y Alfonso que le ve primero, llama hácia él la atencion de su padre.*)

ESCENA IX.

Dichos. SAMUEL.

ALF. Mirad.

PEROSA. Samuel!

LIA. Qué imprudencia!

SAMUEL. Basta: todo lo escuché!

PEROSA. Señor! Señor! blasfemé
dudando de tu clemencia.

SAMUEL. Corazon noble!

ALF. Qué mal
oh padre! os he comprendido!

PEROSA. Y... me habrás aborrecido!
Hay cosa mas natural?

SAMUEL. Buen Perosa! os he agraviado.

PEROSA. Hubo causa, y en rigor...
(*Viendo á Lia que se acerca á él y le besa conmovida las manos.*)
Que haces, hija?

LIA. Yo, señor,
tambien os he calumniado.

GAR. Y á mi?

LIA. Perdona, García!

SAMUEL. Pero á esplicarme no acierto...

PEROSA. Qué, Samuel?

SAMUEL. No sé qué advierto ..
ALF. Ya el alma me lo decia!
PEROSA. Sí: mi vida es un arcano,
en cuyo abismo profundo
injusto ha arrojado el mundo
toda su hiel; pero en vano.
Oh! pues llegó de esta cruda
separacion el momento,
oye, Alfonso! ni el tormento
has de llevar, de una duda.
ALF. Hablad.
LIA. Sí.
GAR. Qué va á decir?
(*Viendo á Perosa que se acerca á él.*)
Entiendo. (*Hace que se vá*)
PEROSA. (*A García.*) El riesgo aun es grave.
Avisa á los de la nave
que estén prontos á partir.
GAR. Voy, voy. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA X.

Dichos, menos GARCÍA.

PEROSA. No os callaré nada;
mas conservad la memoria
de esta dolorosa historia
del mundo entero ignorada.
En Talavera vivia
diez años ha, retirado
del bullicio, que á su lado
me llevó doña María.
Solo una noche me hallaba,
y, ocultando rostro y nombre,
llegó á mis puertas un hombre
que hablarme solicitaba.
Recelé de aquel misterio
por no sé qué estraño indicio;
pero imploraba un servicio
de mi augusto ministerio.
El paso apenas le abrí,
entró, respirando gozo,
y separando el embozo,

la puerta cerró tras sí.
Era Olmedo el escudero
de la Reina, y torvo, y fijo
el mirar, esto me dijo
entre cortés y severo.
— A tu saber y esperiencia
conquistados con afan,
Perosa, abiertos estan
los tesoros de la ciencia.
Dí en cuanto pagará el oro,
y pagártelo prometo,
el mas horrible secreto
que guardas en tu tesoro.
Yerbas hay que dan la muerte:
este busco! y como vió
mi indignacion, añadió:
— negarte, será perderte.
Olmedo! le contesté;
peligre ó no mi existencia,
hija de Dios es mi ciencia:
jamás la profanaré.
— Instó, ofreció; pero en vano:
y hallando inútil el ruego,
puso, colérico y ciego,
sobre su daga la mano.
Entonces debí morir,
con dignidad, con firmeza;
pero venció mi flaqueza...
y no supe resistir.

ALF. Y en fin?...

PEROSA. Al siguiente dia,
la multitud temerosa,
de una muerte misteriosa
la triste nueva esparcia.
Arrastrado por mi afan,
¿quién es? pregunto! y con miedo
apenas escuchar puedo...
— Doña Leonor de Guzman!
— Desde aquel punto, perdí
la dicha, el sueño, el reposo!
aquel recuerdo espantoso
no se apartaba de mi.
Y esa imágen que aun me asombra,
de mi flaqueza testigo,
marchaba siempre conmigo

retratada hasta en mi sombra,
y triste se querellaba,
y enojada me seguia!...
—Veneno me parecia
el aire que respiraba!
En aquel fiero dolor
que me mataba profundo,
leyó mi delito el mundo
y huyó de mí con horror.
Solo yo con mi conciencia
me encontré: desamparado!
y triste, mas resignado,
acepté mi penitencia.
Larga, sublime es la historia
de mi espiacion; pero oscura:
campo triste de amargura,
fecundo despues en gloria!
Yo alcancé la redencion
de aquella mi justa pena;
pero... rompí mi cadena
eslabon por eslabon.

SAMUEL. Perosa: mas que de un hombre
es esa virtud.

ALF. Y en tanto
el mundo oirá con espanto
maldecido vuestro nombre!

PEROSA. Qué importa á la humanidad
en su ignorancia sencilla
si en mí la virtud no brilla
al sol de la vanidad?
Muchos deben la existencia
(*Dirigiendo á Samuel una mirada.*)
á este mentiroso alarde...
y no estrañan que yo guarde
con los hombres mi apariencia.

ALF. Quién es?...

ESCENA IX.

Dichos y GARCÍA.

GAR. Ya brilla la aurora,
y la nave á tender vá
sus velas.

SAMUEL. (*Con ansiedad.*) Partamos ya.
PEROSA. (*Con amargura.*) Sí, Samuel! partid!.. ya es hora.
ALF. Y vos?..
LIA. Os quedais, señor,
aquí solo, abandonado!..
PEROSA. (*Con afectada indiferencia.*)
No, yo estoy acostumbrado
á luchar con el dolor.
Veis? ya amanece! A qué así
prolongar nuestra fatiga?.
(*Abrazando á sus hijos y sin poder contener los sollozos.*)
Hijos! que el cielo os bendiga...
y os dé mas dicha que á mí.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Mdrid 13 *de Setiembre de* 1850.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

TARIFAS *de derechos de representacion de las obras de la* **ESPAÑA DRAMATICA**, *en cuantolas piezas no lleven una especial, en cuyo caso habrá de estarse á ella.*

GRADUACION DE TEATROS.

PRIMERA CLASE.

En *Barcelona*, Santa Cruz y Liceo. *Cadiz*, Principal. *Sevilla*, Principal y San Fernando. *Valencia*, Principal.

SEGUNDA CLASE.

En *Cadiz*, Circo. Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid, Zaragoza.

TERCERA CLASE.

Alicante, Aljeciras, Almería, Avila, Badajoz, Bilbao, Burgos, Capuchinos en *Barcelona*, Balon en *Cadiz*. Cartajena, Córdova, Gerona, Jaen, Jerez de la Frontera, Leon, Lérida, Logroño, Murcia, Oviedo, Palencia, Pamplona, Pontevedra, Puerto de Santa María, Reus, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Santander, Santiago, San Sebastian, Segovia, Tarragona, Toledo, Vitoria, Zamora, Isla de San Fernando.

Y todos los Teatros correspondientes á Liceos y sociedades por acciones que hubiere en capitales de provincia.

CUARTA CLASE.

Todos los Teatros no comprendidos en las graduaciones anteriores, y los Liceos ó sociedades por acciones que hubiere en los pueblos no capitales de provincia.

Al tanto por ciento invariable para los Teatros de todas clases.

Originales en 3 ó mas actos. . . . . 8 por 100.
Originales en 1 ó 2 actos. . . . . 3 id.
No originales, la mitad.

Cantidad alzada por cada representacion, sin estreno, en los Teatros de. . . .

ORIGINALES.	1.ª	2.ª	3.ª	4.ª Clase.
De 3 ó mas actos.	160.	100.	60.	30.
De 2 actos.	100.	60.	30.	20.
De 1 acto.	80.	50.	25.	14.

No originales, la mitad.

ZARZUELAS CON SU MÚSICA EN TODA CLASE DE TEATROS.

De 2 actos. . . . . 10 por 100.
De 1 acto. . . . . 5 por 100.

NOTA. El Círculo admitirá tambien ajustes alzados para toda clase de Teatros, bien por años cómicos, meses, ó por cada noche de funcion, dirijiéndose al efecto á esta Direccion, de acuerdo con los comisionados respectivos.